

Trabajo Fin de Grado

OPINIÓN PÚBLICA, PROTESTA SOCIAL Y
POLITIZACIÓN DE LA POBLACIÓN FRENTE A LA
GUERRA DE MARRUECOS EN ARAGÓN: DE LA
SEMANA TRÁGICA AL DESASTRE DE ANNUAL

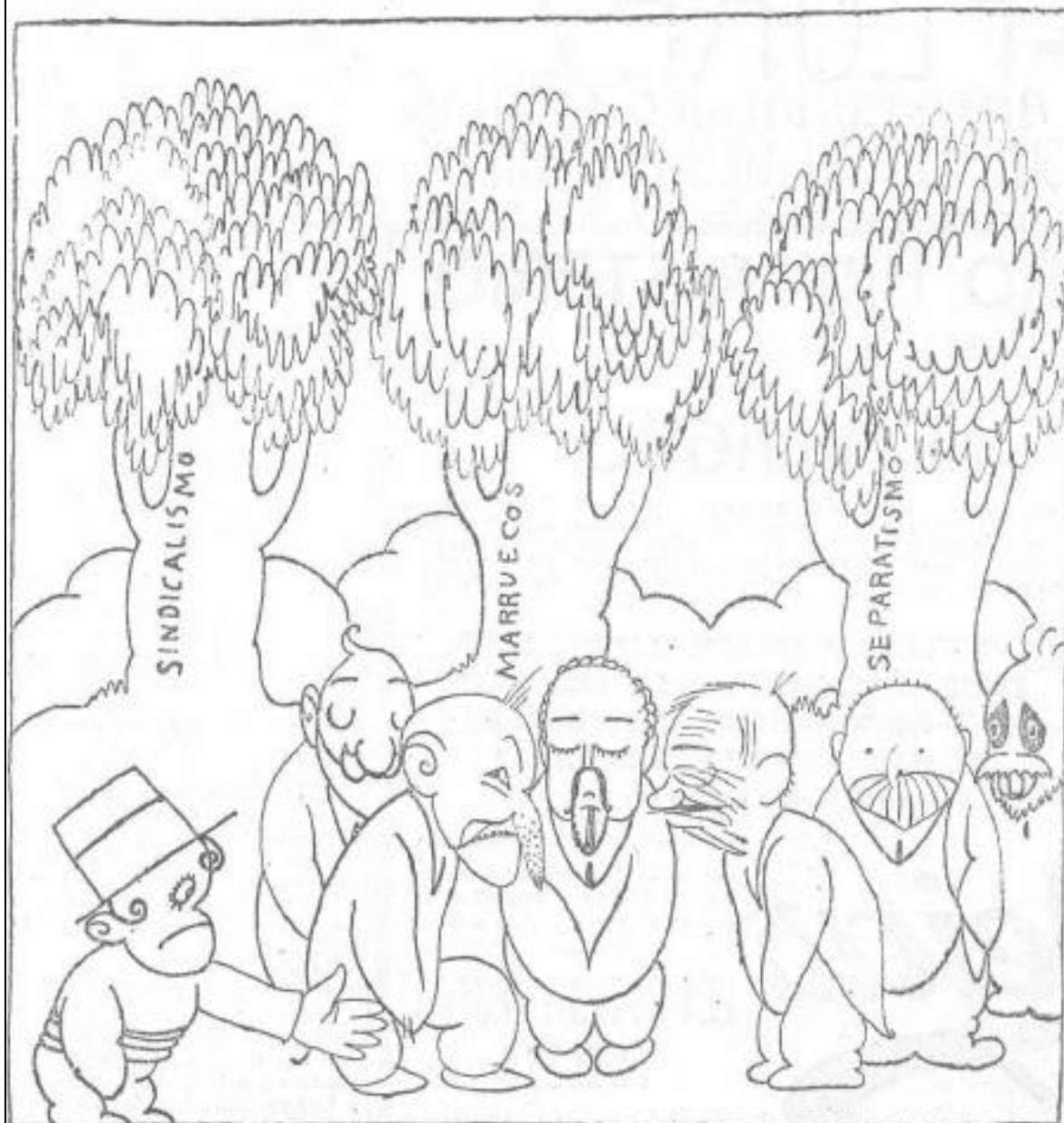
ALFONSO BERMÚDEZ MOMBIELA

DRA. CARMEN FRÍAS CORREDOR

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

24/06/2014

LA SELVA NEGRA, POR BAGARIA



EL PUEBLO.—No lloréis ahora: son árboles que plantaron vuestras propias manos. Y que viven de mi savia.

PORTADA DE EL SOL, JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE DE 1923

INDICE

- **Introducción**
- **Estado de la cuestión**
- **¡O todos o ninguno! la Semana trágica y la primera reacción ante las quintas**
- **En busca de un camino: la reorganización de la protesta entre 1909 y 1917**
- **Batalla en las calles: la explosión de la protesta a partir de 1917**
- **Unidad y fractura: las repercusiones del Desastre de Annual**
- **Conclusiones**
- **Epílogo**
- **Bibliografía**

RESUMEN: Este trabajo de fin de grado examina el impacto y consecuencias que la Guerra de Marruecos tuvo en la sociedad, la cual expresó su disconformidad mediante acciones de protesta colectiva, atendiendo especialmente al marco geográfico aragonés. El periodo que cubre comienza con la Semana Trágica de Barcelona y su extensión a Zaragoza, pasa después por los años de la Gran Guerra y la explosión de 1917, hace una parada en el Desastre de Annual, y termina con el Golpe de Estado de Primo de Rivera. Durante esos años, se revisará la influencia de la cuestión marroquí en diversos ámbitos de la vida pública española, demostrando que la escasa coherencia de la política colonial española exacerbó los problemas tradicionales del régimen: de hecho, es nuestro objetivo demostrar que la colonización de Marruecos tuvo un papel determinante en la crisis final del régimen restauracionista.

Palabras clave: Marruecos, Semana Trágica, Annual, huelga, periódico.

ABSTRACT: This final degree work examines the impact and consequences that the war in Morocco had on society, which expressed their dissatisfaction through collective protest, and with a particular reference to the Aragonian geographical framework. The period covered begins with the Tragic Week of Barcelona and its extension to Zaragoza, and after goes through the years of the Great War and the explosion of 1917, then makes a stop at the Disaster of Annual, and finally ends with the coup of Primo de Rivera. During those years, we make a review of the influence of the Moroccan question in various areas of Spanish public life, showing that the inconsistency of the Spanish colonial policy exacerbated the traditional problems of the regime: in fact, our goal is to show that the colonization of Morocco played a key role in the final crisis of the Restorationist regime.

Keywords: Morocco, Tragic Week, Annual, strike, newspaper.

“ciego estará (ciego de soberbia), quien no advierta que los moros influyen en España mucho más que los españoles influimos en Marruecos (...). Ellos no se arruinan, nosotros sí, de ellos no mueren tantos como mueren de los nuestros, ellos no se privan, como nosotros tenemos que privarnos. Cosas que nos faltan, debiendo tenerlas, pensamientos y trabajos que nos sobrecogen, extraños a nuestra inclinación, enemigos de nuestro provecho, empresas y deseos frustrados, que hubiésemos querido ver en curso, para marcharnos de este mundo reconciliados con nuestro país... Todo ello prueba que Marruecos nos domina mucho más que nosotros lo dominamos. Desde la invasión napoleónica, España no había vuelto a estar tan oprimida por un poder extranjero”.
“Memorial de guerra. Glosas al libro del General Berenguer”
España “La supresión del Raisuni” Manuel Azaña, 1923.

Introducción

El tránsito hacia el siglo XX constituyó un periodo de acelerados y significativos cambios para la sociedad aragonesa, como la creciente combatividad social y una intensa movilización política. El objetivo de este Trabajo de Fin de Grado se centra en el estudio de la opinión pública, sus reacciones de protesta y su politización mediante los medios de comunicación ante un asunto de fundamental importancia a la hora de entender este periodo de la historia de España, que fue motivo de amplios conflictos, debates, protestas, y rémora de todos los gobiernos de la Restauración: la guerra de Marruecos. Marruecos estuvo presente, y mucho, en España, desde que a principios del siglo XX se convirtió en el espacio de sustitución para nuevas aventuras coloniales tras la pérdida de Cuba y Filipinas, ocupando tal importancia en el panorama general que llegó a articular, condicionar y mediatizar la historia española de todo el primer tercio del siglo XX. El problema marroquí fue una de las causas principales de la agonía del sistema político restauracionista, y se convirtió en un detonante de reivindicaciones

nacidas de la precaria situación de amplios sectores de la sociedad española, agravada por el estancamiento del régimen en procedimientos y prácticas que impedían la renovación de sus estructuras y que lo alejaban cada vez más de la realidad social.

La guerra de Marruecos es un tema central para entender el reinado de Alfonso XIII y la crisis de la Restauración. Debido a la gran cantidad de factores que intervinieron en la cuestión marroquí, así como a sus consecuencias, se trata de un asunto enormemente complejo. En el colonialismo español no solo intervinieron las cuestiones diplomáticas, sino también los intereses de las clases dominantes, especialmente, los de la oligarquía financiera, así como los militares.

Para el ejército, Marruecos se convirtió en una válvula de escape para la gran cantidad de oficiales, los cuáles tras la pérdida de Cuba y Filipinas habían perdido gran cantidad de destinos. Además, la guerra generó divisiones en el seno del ejército, entre junteros y africanistas, aunque bien es cierto que provocaría una posterior unidad. El Protectorado se convirtió en el campo abonado en el que maduró el militarismo que acabará irrumpiendo en la vida civil por dos veces consecutivas, dando lugar a las dos dictaduras de este siglo, deviniendo, por tanto, un tema central en la crisis de la Restauración ya que permite percibir el cambio de mentalidad operado en el ejército, así como las tensiones entre el poder civil y el poder militar, y el deterioro del primero frente al segundo, a los que no fue ajeno la posición y el papel jugado por la Corona. A su vez, las consecuencias sociales de la guerra acabarían por convertirla en una causa fundamental de protesta social desde el principio, cuando el protectorado se convirtió en la tumba de millares de jóvenes conducidos a una guerra que consumirá recursos materiales y humanos, convirtiéndose en una pesadilla para las clases más desfavorecidas, y en suma exacerbando todos los demás conflictos.

A su vez, 1921 es un año clave, pues es entonces cuando se produjo la culminación de un doble proceso en el que confluyeron el conflicto social, y el desastre de Annual, cuyas consecuencias condicionaron la llegada de la dictadura, y más tarde la República. Como diría Alfonso XIII: "el año 1921 es el más triste de todo mi reinado, sólo comparable al de 1931, y en definitiva el que quizá más contribuyó a acelerar el proceso que me obligó a abandonar España". De esta forma, el monarca relacionaba el problema de Marruecos, y especialmente el desastre de Annual, no sólo con fin de la Restauración, sino con la proclamación de la República en 1931. De la misma opinión

sería Indalecio Prieto, quien en abril de 1956 escribió: "en 1931 España, proclamando la República, saldó cuentas con los responsables de 1921".

Prueba de la importancia de la cuestión colonial es que durante todo el reinado de Alfonso XIII, a pesar incluso de los momentos de censura, la cuestión marroquí tuvo una enorme proyección. Numerosas obras aparecieron desde principios de siglo, tras la derrota de Annual se escribieron miles de páginas, y la prensa se hizo eco de ella constantemente. Por entonces, políticos, periodistas, intelectuales, militares¹ se ocuparon de la llamada "cuestión marroquí", defendiendo diferentes posturas como la penetración pacífica, el abandono, el mantenimiento estricto de las posiciones ganadas o la ocupación militar, dando lugar a un debate, que duró decenios, en torno a las ventajas, inconvenientes, beneficios o costes de la intervención.

Estas obras y la presencia del tema en la prensa evidencian que Marruecos es una de las preocupaciones fundamentales en la España de Alfonso XIII; de hecho, existía la consciencia de que en Marruecos España se estaba jugando mucho más que el éxito de una guerra colonial.²

La guerra de Marruecos se había planteado inicialmente como un intento de recuperación del papel de España en el concierto de las potencias europeas, y una forma de demostrar que el régimen aspiraba a la modernización y al progreso, pero las sucesivas crisis marroquíes pusieron en evidencia tanto los errores cometidos, como las oportunidades perdidas para corregirlos. La más trascendental de ellas, la de Annual, sirvió de revulsivo a la opinión pública y espoleó a la ciudadanía hacia diferentes iniciativas de regeneración, de las cuales ninguna tuvo efecto. La lentitud del funcionamiento de la Administración y las dificultades de sus promotores para llevarlas a cabo, demostraron que aún quedaba mucho recorrido por hacer en la modernización del Estado pero, sobre todo, el desastre de Annual puso al rey bajo sospecha, y tras él a

¹Políticos: A. Maura, León y Castillo, García Prieto, Álvaro de Figueroa, Pablo Iglesias, Besteiro o Prieto... por remitir sólo a algunos de los más señalados.

Periodistas: Ruiz Albéniz, González Ruano, Hernández Mir...

Intelectuales: Costa, Unamuno, Galdós, Ramiro de Maeztu, Machado, Ciges Aparicio, López Baeza, Araquistáin...

Militares: Capaz y Montes, Gómez Jordana, Berenguer, Millán Astray, Franco, Mola, Goded...

² Adolfo Posada, en su obra *España en crisis* lo resumiría así: "Vive nuestra política dominada por la preocupación marroquí. Las gentes todas se van dando clara cuenta de que allá, en aquellas desoladas tierras, se ventila algo más hondo que un simple pleito guerrero con unas tribus bárbaras (...) En Marruecos se ventila nuestro problema nacional íntegro; allí hemos puesto a prueba Nación y Estado"

todos los políticos gubernamentales. Alfonso XIII, que había defendido desde el inicio el proyecto colonizador, quizá porque pretendía un esplendor colonial que marcara diferencia con la derrota de Cuba que ensombreció la Regencia de su madre, deterioró irreversiblemente su imagen ante la opinión pública tras el desastre de Annual, perdiendo además la confianza de sectores importantes del ejército.³

La guerra hizo también que la hacienda de la Restauración se viera notablemente resentida: el problema de Marruecos se dejó sentir notablemente y de forma constante y ascendente sobre el presupuesto del país. Hacia 1909, se habían gastado en Marruecos cerca de 128 millones de ptas., los cuales ascendieron tras la Primera Guerra Mundial a más de 641. Esta cifra sería superada por los 739 millones a los que se llegó en 1925-1926.⁴ Como dato a tener en cuenta, convendría recordar que, en junio de 1916, el diputado Santiago Alba tendría que solicitar de las cámaras un mínimo de atención y apoyo para su política económica y fiscal, señalando cómo los propósitos contenidos en su programa pasaban, irremediablemente, por solucionar la espinosa situación de Marruecos, realizando una indispensable amputación del gasto.⁵ Pero la necesaria amputación no se produjo, pese al coste cada año más alto de la empresa colonial, y a pesar de la oleada de manifestaciones hostiles y de los proyectos de reformas militares. Entre 1918 y 1922 la partida de acción en Marruecos se había convertido ya en una de las más importantes; juntamente con los gastos de Ejército y Marina, alcanzaba la suma, en el presupuesto de 1921-1922, de 1.194 millones de ptas. sobre un total de gastos del Estado de 3.630 millones.

Junto al panorama nacional objeto del Trabajo de Fin de Grado que presentamos, el marco aragonés será igualmente de específica atención. El marco cronológico comenzará con las protestas de la Semana Trágica de 1909, primer gran símbolo de la negativa de la calle a la movilización de reservistas decretada por el gobierno Maura, pasando por la consolidación del protectorado, las posteriores operaciones militares de 1913 en adelante, la crisis de 1917 y finalmente el desastre de Annual, acontecimiento de tal importancia que quedaría unido al fin del régimen restauracionista y al golpe de

³ BARRIO, Á.: (ed.) ``La crisis del régimen liberal en España, 1917-1923'', *Ayer*, 63, (2006).p 7.

⁴ MORALES LEZCANO, V.: *España y el Norte de África: el protectorado en Marruecos (1912-1956)*, Madrid, UNED, 1986, p. 92

⁵ "Afirmino también que sería imposible realizar la obra económica de nivelación del presupuesto sin que realizásemos al propio tiempo una dolorosa pero indispensable amputación en este presupuesto de Marruecos".

estado de 13 de septiembre de 1923. Desde esta perspectiva regional, nos proponemos confrontar el tratamiento de los distintos medios ante las noticias del “problema marroquí”, con el fin de indagar y profundizar en las distintas posiciones, defensas o críticas a la presencia y campañas de Marruecos, analizando también las formas, maneras, calidad y cantidad de la información ofrecida, y reflexionando sobre las más que posibles utilizaciones parciales de estos medios de comunicación con el fin de influir en la opinión pública en diversos aspectos interesados.

Estado de la cuestión

A pesar de la importancia y trascendencia de la cuestión marroquí a la que hemos aludido, la historiografía española no le ha prestado una atención especial. En realidad, hasta hace relativamente poco no ha empezado a ser abordada en profundidad ni desde el punto de vista de las relaciones exteriores ni desde la perspectiva de sus múltiples repercusiones interiores. Prueba de ello es que las referencias a la cuestión marroquí hay que seguir buscándolas, en buena medida, en obras de carácter general, resultando escasas, todavía hoy, las monografías sobre el tema. Esto contrasta notablemente con el abundantísimo número de estudios sobre el otro tema colonial por excelencia, sobre el otro "gran desastre", el del 98, pero también con la producción de otras historiografías (francesa, alemana...) acerca de sus respectivas proyecciones coloniales.

Durante la dictadura franquista, además de ser escasas las referencias al desastre, eran claramente justificadoras de la dictadura de Primo de Rivera. En esta línea se sitúa la obra de Maura y Fernández Almagro,⁶ contestada sólo desde el exilio por algunos autores, entre los que destaca Indalecio Prieto.⁷

Habrá que esperar a mediados de los sesenta para que el Desastre y sus implicaciones político-militares empezaran a ser abordados, sobre todo y fundamentalmente de la mano de algunos historiadores extranjeros, como S. Payne, o C. P. Boyd.⁸ Será a fines de los 60 y principios de los 70 cuando quede planteada la discusión acerca de si el Desastre fue un elemento acelerador de la crisis del régimen (tesis mantenida desde dentro de la historiografía española por Seco Serrano y Tusell,⁹) o si, por el contrario, fue desencadenante de impulsos regeneracionistas en el interior del sistema (interpretación defendida por García Venero y R. Carr¹⁰).

⁶ GAMAZO MAURA, G. y FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: *Por qué cayó Alfonso XIII*, Madrid, Ambos Mundos, 1948.

⁷ PRIETO, I.: *España y Marruecos*, Toulouse, PSOE, 1956.

⁸ PAYNE, S.: *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford, Stanford University Press, 1967.

BOYD, C.P.: *Praetorian Politics in Liberal Spain*, North Carolina, Chapel Hill, 1979.

⁹ SECO SERRANO, C.: *Alfonso XIII y la crisis de la restauración*, Barcelona, Ariel, 1969.

TUSELL, J.: *La España del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1975.

¹⁰ GARCÍA VENERO, M.: *Santiago Alba, monárquico de razón*, Madrid, Aguilar, 1963.

CARR, R.: *España 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1969.

Esta polémica se va a mantener una vez clausurada la dictadura, sobre todo ya en los 80, en unos años en los que Marruecos es retomado por la historiografía, aunque enmarcado en una panorámica más amplia al abordarse la cuestión de la pugna entre el poder civil y el poder militar, lo que atrajo la atención de buen número de historiadores. Era el momento en el que Carlos Seco deba a conocer su *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, y en el que Javier Tusell publicaba, su *Radiografía de un golpe de estado*, al tiempo que el ejército se convertía en objeto de atención de Busquets, Cardona, Ballbé o Lleixá (1986).¹¹ Por una parte, algunos como Seco Serrano o Tusell hacían hincapié en el papel estimulador de las consecuencias del desastre de Annual en el golpe de estado y en la debilidad del poder civil como desencadenante de las actitudes golpistas, mientras que los segundos insistían en la actitud levantisca del ejército en oposición al poder civil.

Por su parte, las investigaciones relativas al impacto de la política africana en la opinión pública y su influencia en la politización de las clases populares han recibido todavía más escasa atención, siendo las monografías de las que se dispone obras principalmente de autores extranjeros. De puertas para adentro, Marruecos en general, Annual en particular, han sido abordados, fundamentalmente, como reflejo del progresivo deterioro del poder civil frente al poder militar en la crisis de la Restauración y como detonante del golpe de septiembre de 1923. Por esto mismo, el enfoque político-militar ha primado sobre el análisis de otras vertientes del conflicto no menos importantes que se proyectarán también mucho más allá de 1921, como son la impopularidad de la guerra, sus costes sociales, el escaso impacto, sobre todo entre las clases populares, de una retórica patriótica que calará más y mejor en las sociedades de los países de nuestro entorno y que caracteriza una fase crucial del proceso nacionalizador de los grandes países europeos desde la guerra franco-prusiana a la II Guerra Mundial, su contribución al crecimiento del sentimiento antimonárquico y al

¹¹ SECO SERRANO, C.: *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984.

TUSELL, J.: *Radiografía de un golpe de estado: el ascenso al poder del General Primo de Rivera*, Madrid, Alianza, 1987.

BUSQUETS, J.: *Pronunciamientos y golpes de Estado en España*, Madrid, Planeta, 1982.

CARDONA, G.: *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*, Madrid, Siglo XXI, 1983.

BALLBÉ, M.: *Orden público y militarismo en la España constitucional, 1812-1983*, Madrid, Alianza, 1983.

LLEIXÁ, J.: *100 años de militarismo en España*, Barcelona, Anagrama, 1986.

proceso de politización de la población, eslabón esencial para entender el enfrentamiento de la guerra civil, etc...

En los últimos años, la cuestión marroquí ha sido explícitamente abordada, entre otras, en las obras de Sebastián Balfour, Joan Connelly Ullman, Salvador Fontela Ballesta, José Luis Villanova, Federico Villalobos y Antonio Carrasco García, además de por supuesto Morales Lezcano.¹²

Para conocer cuáles fueron las reacciones de la población española en general ante la Guerra de Marruecos, ha de recurrirse a las obras de los historiadores franceses J.M. Desvois y A. Bachoud, y de los españoles Francisco Alia Miranda, Vicente Pedro Colomar, Celso Jesús Almuiña Fernández y Pablo La Porte.¹³

Sin embargo, en el ámbito nacional, la historiografía ha prestado escasa atención al tema en ámbitos regionales o locales, salvo contadas excepciones, tales como el análisis que hace Margarita Caballero o algunos estudios locales acerca del impacto en sitios muy concretos, como es el caso de María Gajate Bajo para Salamanca, o de M^a

¹² BALFOUR, S.: *Abrazo mortal: de la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos 1909-1939*, Barcelona, Península, 2002; BALFOUR, S.: *El fin del imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, 1995.

ULLMAN, J. C.: *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, Barcelona, Ariel, 1972.

FONTELA BALLESTA, S.: *Las campañas de Marruecos 1909-1927*, Murcia, Fajardo el bravo, 2010.

VILLANOVA, J.L.: *El protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorial*, Barcelona, Bellaterra, 2004.

VILLALOBOS, F.: *El sueño colonial: las guerras de España en Marruecos*, Barcelona, Ariel, 2004.

CARRASCO GARCÍA, A., (coord.): *Las campañas de Marruecos*, Madrid, Almena, 2001.

MORALES LEZCANO, V.: *España y el Norte de África: el protectorado en Marruecos (1912-1956)*, Madrid, UNED, 1986.

¹³ DESVOIS, J.M.: *Presse et politique en Espagne (1898-1936)*, Thèse de doctorat, Université de Bordeaux-III, 1989, pp. 493 y s.s.

BACHOUD, A.: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.

ALIA MIRANDA, F., (coord.): *La guerra de Marruecos y la España de su tiempo 1909-1927*, Ciudad Real, Sociedad Don Quijote de Conmemoraciones Culturales de Castilla la Mancha, 2009.

COLOMAR, V.P.: *La forja de una tragedia (el Rif 1920-1921)*, Madrid, Editorial CEP, 2008.

ALMUIÑA FERNÁNDEZ, C.: "La jurisdicción militar y el control de los medios de comunicación: Annual y la censura de material gráfico (1921)", *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 6, (1986), pp. 215-256.

LA PORTE, P.: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1997, <http://biblioteca.ucm.es/tesis/19972000/H/0/H0045001.pdf>, [consultado 18-3-2014]; LA PORTE, P.: "Marruecos y la crisis de la Restauración, 1917-1923", *Ayer*, 63 (2006), pp. 53-74.

del Carmen García de la Rasilla para Valladolid y Palencia.¹⁴ En Aragón, no se ha producido apenas ningún estudio en este campo, con la salvedad de la tesis de Víctor Lucea,¹⁵ en la cual el impacto de la cuestión marroquí, enmarcado en un análisis más amplio de la protesta social, ocupa solo unas pocas páginas, y un artículo de Pedro Hernández¹⁶ que analiza las repercusiones de la Semana Trágica en la ciudad de Zaragoza.

Para el estudio del movimiento sindical en Aragón, existen las obras de Laura Vicente Villanueva y Jesús Ignacio Bueno Madurga, y para el conocimiento de los medios de comunicación aragoneses, las obras de Eloy Fernández Clemente y Carlos Forcadell, y Luis Alvar Sancho¹⁷

Teniendo en cuenta la escasez de investigaciones sobre el marco aragonés, y que los trabajos existentes con perspectiva nacional, además de ser pocos en número, fueron publicados hace más de tres décadas, el estudio de la opinión pública, la protesta y la politización en torno a la cuestión marroquí se presentan como una parcela de estudio que necesita ser cubierta, atendiendo a la importancia que tuvo el impacto de la Guerra de Marruecos en la España del primer tercio del siglo XX.¹⁸

¹⁴ CABALLERO DOMINGUEZ, M.: "La cuestión marroquí y su corolario de Anual como causa y consecuencia de la crisis del sistema restauracionista", *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 17, (1997), pp. 219-242.

GAJATE BAJO, M.: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública: el ejemplo de Salamanca y su prensa*, Madrid, Instituto universitario general Gutiérrez Mellado, 2012.

GARCÍA DE LA RASILLA, M.C.: "Repercusión del problema marroquí en la vida vallisoletana (1909-1927)", *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 6, (1986), pp. 187-214; GARCÍA DE LA RASILLA, M.C.: "Palencia y la guerra de Marruecos (1909-1927)" en *Actas del I Congreso de Historia de Palencia: Castillo de Monzón de Campos*, 3-5 Diciembre 1985, Vol. 3, 1987, págs. 715-724.

¹⁵ LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento. La protesta social en Aragón (1885-1917)*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2009, pp. 275-289.

¹⁶ HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, P.: "La semana trágica de Barcelona y su repercusión en la ciudad de Zaragoza", *Anales del centro de la UNED de Calatayud*, 6, (1998), pp. 122-142.

¹⁷ VICENTE VILLANUEVA, L.: *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916-1923)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1993.

BUENO MADURGA, J. I.: "La reacción conservadora en la España de entreguerras (1917-1936): el caso zaragozano", *Historia Social*, 34, (1999), pp. 135-156.

FERNANDEZ CLEMENTE, E., FORCADELL, C.: *Historia de la prensa aragonesa*, Zaragoza, Guara, 1979.

ALVAR SANCHO, L.: *La prensa de masas en Zaragoza (1910-1936): profesionalización y desarrollo empresarial, los casos de Heraldo de Aragón, El Noticiero y La Voz de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1996.

¹⁸ Al respecto, además de la revista bibliográfica sobre el tema, se han consultado los fondos del archivo localizado en el palacio de los marqueses de Montemuzo con el objetivo de abordar y completar con

¡O todos o ninguno! la Semana trágica y la primera reacción ante las quintas

La Semana Trágica fue algo más que un episodio únicamente barcelonés: sus efectos, motivados por una serie de factores desigualmente presentes en la geografía peninsular, tuvieron un importante impacto a nivel nacional, pero también regional. No obstante, la espectacularidad de los sucesos de la Semana Trágica en Barcelona tuvo como consecuencia indirecta que apenas se tuvieran en cuenta las movilizaciones y huelgas del resto de España.¹⁹

La campaña de protesta de 1909 apuntaba muy directamente a lo que se consideraba un "impuesto de sangre", al que sólo estaban sujetos aquéllos que carecían de medios económicos suficientes para conseguir la llamada "redención a metálico", o para pagar a un sustituto que cumpliera en lugar del sorteado (ley de reemplazos de 28 de agosto de 1878). La tremenda discriminación que suponía para los sectores menos favorecidos contribuía a incrementar la aversión de las clases populares hacia el servicio militar (una aversión que ya se había manifestado con motivo de la guerra de Cuba, mediante formulaciones tan significativas como "que vayan los ricos").

El malestar provocado por la arbitrariedad e injusticia del sistema de quintas, junto con el descontento con la monarquía, con los partidos del turno dinástico y con la creciente presencia de las órdenes religiosas, contribuyeron a crear una situación que condujo a una revuelta ``trágica``.²⁰

Los negros recuerdos de 1898, unidos con la animadversión contra la incuria del Estado, la prepotencia de los jefes militares, y el rechazo a una Iglesia que proporcionaba cruces y escapularios que de nada servían frente a las mortales balas del

fuentes primarias hemerográficas los datos que estaba obteniendo de la bibliografía seleccionada. Aparte de ello, estas visitas sirvieron para conocer la dinámica investigadora de primera mano, realizando una toma de contacto con los mecanismos documentales que son necesarios para construir la historia. Personalmente, he considerado este apartado como muy positivo para mi formación como futuro historiador, ya que he comenzado a aprender cómo se manejan las fuentes primarias, lo cual me ha resultado muy interesante y constructivo.

¹⁹ BACHOUD, A.: *Los españoles ante...*, pp.161-185.

²⁰ MARTÍN CORRALES, E., ``Movilizaciones en España contra la guerra de Marruecos (julio-agosto de 1909) ``', en MARTÍN CORRALES, E. (ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2011, p. 166.

enemigo no deseado, propiciaron el caldo de cultivo que terminó estallando con motivo de la movilización de los reservistas.²¹

La movilización bélica favoreció que la desesperación se transformara en odio hacia todo aquello que simbolizaba un régimen que condenaba a vivir tan dramática e injustamente a las clases trabajadoras.²² De esta manera, puertos y estaciones de ferrocarril se convirtieron en epicentros de las movilizaciones, que no pudieron ser contenidas en un primer momento puesto que los contingentes de tropas con el que las autoridades pudieron contar para contrarrestarlas resultaron insuficientes. A ello se sumaban las simpatías de las mismas tropas para con los revolucionarios, que habían iniciado la batalla para evitar que los enviaran a Melilla.²³

Sin embargo, al contrario que en Cataluña, donde la cuestión estrictamente marroquí pasó a un segundo o tercer plano, en el resto del territorio los que protestaban tuvieron mucho más claro por qué no había que comenzar una guerra con Marruecos y solo se registraron algunos ataques aislados, por lo general apedreamientos, a instituciones religiosas.²⁴ Es de destacar que fueron también muy numerosos los partidarios de la guerra, especialmente tras la toma del monte Gurugú; ha de quedar claro que las movilizaciones contrarias a la acción bélica deben ponderarse teniendo en cuenta las aún mucho más numerosas que la apoyaban.²⁵

En relación al marco aragonés, en Zaragoza, ciudad estrechamente conectada con Barcelona, las movilizaciones no tardaron en producirse. El 7 y 11 de julio se celebraron sendos mítines, a los que siguió una reunión el día 14, organizada por los republicanos para poner en marcha una campaña contra la guerra. A ella asistieron treinta y tres entidades republicanas, obreras y socialistas.²⁶ Además, los ánimos de la población fueron exacerbándose, ya que a partir del día 12 se llamaron a filas los reservistas del cupo de 1903.²⁷

Las movilizaciones aumentaron como consecuencia de la salida de la ciudad, el 22 y el 24 de julio, de los primeros grupos de reservistas, que fueron despedidos por

²¹ *Ibid.*, p. 167.

²² *Ibid.*, p. 126.

²³ *Ibid.*, p. 168.

²⁴ *Ibid.*, p. 169.

²⁵ *Ibid.*, p. 170.

²⁶ *Ibid.*, p. 160.

²⁷ LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 276.

numerosos familiares y amigos en la estación de tren, en un clima que *Heraldo de Aragón* describe entre la más franca alegría y las precauciones gubernamentales ante el temor de que surgieran incidentes.²⁸ No faltaron los momentos de tensión, ya que ``las mujeres de Zaragoza se arrojaron ellas mismas sobre los raíles del tren, de donde hubo que quitarlas a la fuerza´´.²⁹ Posteriormente, el día 23, se prohibió un mitin para el día de Santiago, día del patrón de España, por guardar relación con las ``operaciones militares del Riff´´.³⁰

Finalmente, el 25 por la mañana en numerosas esquinas de la ciudad se pegaron pasquines que llamaban a congregarse en la plaza del mercado, para comenzar una manifestación contra la guerra. Pronto comenzaron a formarse varios grupos: unos 500 manifestantes desfilaron hacia la plaza de la Constitución (actual plaza de España), donde tras ser intimidados por la policía, se dividieron en pequeños grupos que recorrieron diversas calles. Mientras tanto, en el interior del mercado, otros grupos cruzaban el recinto con gritos de ``abajo la guerra´´, siendo dispersados a sablazos por la policía, que practicó numerosas detenciones, entre ellas las de destacados dirigentes republicanos como Venancio Sarría o Nicasio Domingo.³¹ Al día siguiente tuvo lugar una manifestación contra la guerra en la que se distribuyeron octavillas y en la que se practicaron nuevas detenciones.³²

Los días posteriores la prensa local no recogió incidentes, pero en la noche entre el 28 y el 29, cuando ya estaba imperante la suspensión de garantías constitucionales decretada por el gobierno, circularon rumores sobre la determinación de ``ciertos elementos de ir a la huelga´´, aunque finalmente los obreros entraron a trabajar al comenzar el turno de mañana.³³ Sin embargo, pocas horas después, las tejedoras abandonaron sus lugares de trabajo y recorrieron las fábricas extendiendo la huelga, paralizando numerosos e importantes talleres de la ciudad.³⁴ A su vez, dos grupos de manifestantes, entre los que había numerosas mujeres, se reunieron en la plaza de San Felipe y en uno de los puentes del Ebro, siendo dispersados por la policía, que a

²⁸ *Ibid.*, p. 276.

²⁹ MARTÍN CORRALES, E., ``Movilizaciones en España...´´, p. 160; BACHOUD, A.: *Los españoles ante...*, p. 172.

³⁰ *Ibid.*, p. 160.

³¹ *Ibid.*, p. 161.

³² *Ibid.*, p. 161

³³ *Ibid.*, p. 161

³⁴ *Ibid.*, p. 161

instancias del gobernador comenzó a actuar contundentemente contra ellos. Las cargas de la policía, a caballo y sable en mano, se prodigaron a partir de entonces, deteniendo a 21 personas, 4 de ellas mujeres.³⁵

Todo parece indicar que la iniciativa de los republicanos era evidente en las primeras jornadas de agitación. Sin embargo, el paro del día 29 hay que atribuirlo a la Federación Local de Sociedades Obreras, momento en el que algunos conocidos republicanos tomaron distancia con las movilizaciones.³⁶

Además de Zaragoza, las protestas contra la guerra también afectaron a otras localidades aragonesas: en Mequinenza tuvieron cierta importancia, ya que se saldaron con 25 detenidos, entre los que figuraban algunas mujeres. En Monzón se intentó organizar una manifestación, que fue impedida por el alcalde. En Utebo se celebró un mitin el día 11. En Huesca hubo una movilización el día 21.³⁷ En Calatayud, pese a la supuesta tranquilidad, el alcalde hizo vigilar estrechamente a los elementos radicales y la estación de tren.³⁸

A la hora de analizar las causas del fracaso, o más bien la no continuación de estas protestas, debe ser tenida en cuenta la intensa y puntualmente violenta presencia de los guardias, así como la confusión de las noticias y la escasa consistencia de la protesta en Zaragoza, que no contaba con un liderazgo claro.³⁹ No obstante, es necesario destacar la prontitud con la que las instituciones oficiales de ámbito estatal, encabezadas por el gobierno civil, reaccionaron con objeto de evitar la extensión de los acontecimientos y procuraron zanjarlos de raíz. La actuación de las fuerzas de seguridad y el bando del propio gobernador civil de la provincia mostraron, desde el primer momento, que se estaba dispuesto a ser beligerante con los hechos.⁴⁰ De hecho, el propio Ayuntamiento de Zaragoza expresó su repulsa de los hechos, solidarizándose con el Consistorio de Barcelona en la primera sesión plenaria que celebró tras los mismos.⁴¹

³⁵ *Ibid.*, p. 161

³⁶ *Ibid.*, p. 161

³⁷ *Ibid.*, p. 167.

³⁸ MARTÍN CORRALES, E., "Movilizaciones en España...", p. 162; LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 278

³⁹ LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 278.

⁴⁰ HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, P.: "La semana trágica de Barcelona...", p.141.

⁴¹ *Ibid.*, p. 141.

Sin embargo, si bien las apariencias reflejaban una vuelta a la normalidad sin consecuencias claras, la realidad era bien distinta. La cuestión marroquí se convirtió en piedra de toque de la oposición a la Monarquía a partir de 1909 y durante casi todo el primer tercio del siglo, gravitando en torno a ella no solo la política exterior, sino también muchas cuestiones de la doméstica.⁴² Las consecuencias de la guerra, unidas a la campaña internacional contra el Gobierno por la muerte de Ferrer i Guardia, no se hicieron esperar, desembocando en la caída del Gobierno Maura y el ascenso al poder de Canalejas. Ese fusilamiento provocó incluso la llegada a Zaragoza de fenómenos peligrosamente novedosos, como la amenaza del terrorismo anarquista, al explotar un cartucho de dinamita vindicado ``por Ferrer`` en diciembre de 1909.⁴³

La protesta contra la campaña bélica supuso además la confirmación y concreción de un proceso de apertura, para republicanos y partidos obreros, de caminos y motivos de movilización social que se habían manifestado portadores de un enorme potencial subversivo.⁴⁴ Por su parte, la clase media aragonesa, principalmente la zaragozana, expresó su temor ante los hechos que se produjeron en Barcelona, porque entendió, desde el primer momento, que los mismos excedían claramente de algaradas o manifestaciones de protesta habituales. Las noticias de quema de conventos e iglesias, así como la profanación de cementerios con exhumación de cadáveres, pudieron influir en esta clase media a la hora de instalar miedos y resquemores profundos de una revolución social en toda su extensión.⁴⁵ La expectación que los acontecimientos de Barcelona tuvieron en Zaragoza fue muy grande: prueba de ello es que la edición de la mañana de *Heraldo de Aragón* del jueves día 29 de julio, que era la siguiente a los hechos más graves producidos en Barcelona, se agotó inmediatamente tras ser puesta en venta.⁴⁶

Pese a los intentos por contrapesar este disgusto de las clases populares por la guerra con arengas patrióticas, el sistema de la Restauración vio como en la coyuntura de 1909 daba comienzo la más potente y erosiva crítica sufrida durante su existencia, que desembocará en una auténtica crisis del Estado a partir de 1917.⁴⁷ A pesar de las

⁴² LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 280.

⁴³ *Ibid.*, p. 280.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 280.

⁴⁵ HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, P.: ``La semana trágica de Barcelona...``, p.141.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 141.

⁴⁷ LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 280.

manifestaciones de entusiasmo organizadas en numerosas localidades al conocerse la toma del monte Gurugú, en el momento en el que comenzó a prepararse la siguiente y más larga campaña de Marruecos, algunos meses más tarde, la protesta volvió a las primeras a la prensa. Algunas respuestas como la del vecindario de Mara fueron contundentes, recurriendo al viejo motín contra las quintas para prohibir la celebración del sorteo mientras no se quitase de la lista a dos mozos que se hallaban en paradero desconocido.⁴⁸

Desde la perspectiva de las clases populares, quienes a la postre embarcaban en los puertos ataviados con el uniforme de campaña y con los escasos y anticuados pertrechos militares, una incomprensible brecha se abría entre el transcurrir de la vida cotidiana y los temores que le asaltaban en el momento de partir.⁴⁹

La intensificación de la protesta debe ser tomada en cuenta en un contexto de desarrollo y crecimiento de los medios de comunicación, los cuales facilitaron la inmediatez de la información y la posibilidad de una coordinación general o nacional de algunos movimientos.⁵⁰ Por otro lado, no debemos olvidar la importantísima influencia de los medios de comunicación oficiales, especialmente los considerados conservadores, como *El Noticiero* (diario católico), que se opusieron de raíz a cualquier movimiento sedicioso en todos sus aspectos. Un periódico considerado liberal e independiente, *Heraldo de Aragón*, mostró también su repulsa hacia la situación desde los primeros instantes, a través de sus editoriales, expresando su oposición hacia los elementos incontrolados, de carácter anarquista, que asumieron el protagonismo y efectuaron las acciones vandálicas, siendo clara su postura de separar a estos elementos revolucionarios de los que, primeramente, iniciaron también las actuaciones de protesta y de la ciudadanía burguesa e industrial de la ciudad de Barcelona. En todo caso, su afán informador y el interés de los hechos, ante la ausencia de noticias oficiales, movió a *Heraldo de Aragón*, a enviar a su propio director, Valenzuela de la Rosa,⁵¹ a la ciudad

⁴⁸ *Ibid.*, p. 280.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 280.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 492.

⁵¹ José Valenzuela de la Rosa (Zaragoza, 1878-1957) Abogado y crítico literario, colaboró con diversas publicaciones hasta que en 1906 fue nombrado director de *Heraldo de Aragón*, cargo que ocupó hasta 1914. Vinculado al grupo de Basilio Paraíso, colaboró en la organización de la Exposición Hispano-Francesa de 1908. En 1912 entró en la Cámara de Comercio e Industria de Zaragoza, siendo nombrado su director en 1916, cargo que ocupó hasta su muerte. Fue secretario del Colegio de Abogados de Zaragoza,

de Barcelona, obteniéndose, a partir de este momento, información de primera mano y mucho más tranquilizadora, aunque en el momento en el que llegó, el 2 de agosto, los sucesos más significativos habían ya pasado. La actuación de la censura estuvo presente durante todo este periodo, como demuestran las numerosas ocasiones en las que los periódicos tienen páginas cortadas o con puntos suspensivos.

Efectivamente, el efecto amplificador que los medios de comunicación otorgaron a la crónica de la Semana Trágica jugó un papel fundamental en el desarrollo de la protesta social aragonesa, ya que los grupos de oposición percibieron a raíz de estos hechos que la estructura de oportunidad política cambiaba a su favor, avistando que era posible una amplia movilización popular en contra de cuestiones que preocupaban a los estratos más bajos, como la guerra o las subsistencias.⁵² Esta percepción tomó mayor consistencia con la caída del Gobierno conservador de Maura y la entrada del gabinete liberal de Canalejas.

La organización de campañas contribuyó además a sumar nuevos públicos, ganando sus simpatías para la causa y creando coaliciones holgadas de corte interclasista capaces de poner en marcha ciclos amplios de protesta.⁵³

entre 1914 y 1924. También fue concejal del Ayuntamiento de Zaragoza y diputado liberal en las elecciones generales de 1923.

⁵² LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 492.

⁵³ *Ibid.*, p. 449.

En busca de un camino: la reorganización de la protesta entre 1909 y 1917

El 9 de febrero de 1910, tras fracasar el breve gobierno de Moret debido especialmente a las presiones de Romanones y García Prieto, subió al poder otro de los pocos gobiernos ``largos`` de las primeras décadas del siglo XX, presidido por Canalejas, el cual fue capaz de poner en marcha un cierto programa de gobierno de alcance, que dibujaba los contornos del reformismo político y social compatible con la nueva monarquía de Alfonso XIII.⁵⁴ Canalejas era uno de los pocos políticos dinásticos que asumía como uno de los principales retos de gobierno la cuestión obrera, ante la cual no tenía una simple actitud defensiva y represiva. Consideraba que la ``maduración`` del movimiento obrero permitiría su integración y para ello se debían abrir espacios de negociación y presencia del obrerismo en las instituciones del Estado. Admitía el derecho de huelga (excepto en el caso de los servicios sociales) y pretendía el desarrollo de una legislación del trabajo que superase la simple legislación de protección social. En cualquier caso, no era en absoluto socialista, consideraba simplemente la actuación obrerista del Estado como una forma necesaria para la integración y pacificación de la problemática obrera al tiempo que una forma de profundización democrática del Estado liberal.⁵⁵

En 1910 ocurrió también otro hecho trascendental para la historia de España: la fundación de la CNT, acontecimiento del cual Zaragoza no estuvo ausente, como no lo había estado en anteriores intentos de construir una organización de ámbito nacional. También estuvo la Federación Local en el primer congreso de CNT, celebrado en septiembre de 1911 en Barcelona. A los pocos días de clausurado este congreso, estalló una huelga general en contra de la Guerra de Marruecos y en solidaridad con la huelga de carreteros de Bilbao. Esta huelga general, que fue secundada en Zaragoza, se inscribía en la oleada de conflictos sociales que se inició en 1910 y se prolongó en 1911 con gran intensidad.⁵⁶

El gobierno Canalejas iba a tener como uno de sus principales retos el de la configuración del protectorado en Marruecos. La política de Canalejas implicaba, además de las actuaciones diplomáticas y administrativas, una fuerte opción militarista;

⁵⁴ BAHAMONDE, A. (coord.) CARASA, P. (et. al.): *Historia de España siglo XX: 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2000, p. 388.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 389.

⁵⁶ VICENTE VILLANUEVA, L.: *Sindicalismo y conflictividad...*, p. 46.

Canalejas intentó avanzar algo en una línea propia, un tanto al margen de Francia. De esta forma, promovió y firmó un tratado hispano marroquí (16 de noviembre de 1910) que no llegará a regir.⁵⁷ Sus intentos de marchar con iniciativa propia en los temas de Marruecos pronto se vieron frustrados. Francia inició una expansión militar que reabrió internacionalmente la cuestión marroquí. Canalejas quiso marcar también la presencia española y en junio de 1911 promovió la ocupación de Larache y Alcazarquivir. A su vez, Alemania mandó una cañonera y 300 marinos desembarcaron en Agadir, situación que fue resuelta mediante un tratado franco-alemán en el que Alemania reconocía la autoridad francesa en Marruecos, y España quedó relegada a expensas del futuro de la actuación francesa.⁵⁸ El Protectorado español fue finalmente establecido el 27 de noviembre de 1912 a través de un convenio hispanofrancés.

Por su parte, en 1911 diversos colectivos ponían en marcha en Zaragoza sus campañas en contra de la guerra. El 1 de mayo fue la fecha elegida, organizando la Federación Local un mitin en la plaza de toros al que asistieron numerosos republicanos. La comisión organizadora pedía, junto a la protesta contra la guerra y la petición del servicio militar obligatorio, la revisión del proceso Ferrer, la amnistía para los presos políticos y la derogación de la Ley de Jurisdicciones.⁵⁹ El final del acto fue tumultuoso y abrió las hostilidades entre anarquistas y republicanos merced a las duras palabras de Luis Fons en contra de estos últimos. Poco después comenzaba una serie de mítines en los círculos radicales de la ciudad.

Durante los meses de mayo y junio de 1911, se escucharon alocuciones instando al Gobierno a evitar la guerra en los locales del centro o de los barrios del Arrabal o Torrero. La retórica aludía a argumentaciones recurrentes del republicanismo: los intereses de la “plutocracia” que escondía la campaña marroquí, la inutilidad del dispendio económico ante los retos que al país impone “el progreso y la civilización”, lo injusto de que vayan “los hijos del pueblo” a morir por otros, o los llamamientos a las mujeres aragonesas para que, si es necesario, “se opongan, como las mujeres

⁵⁷ Según este tratado, se fijaba el protectorado en las zonas ocupadas del Rif, Alhucemas y el Peñón. También se aceptaban las aduanas en Ceuta y Melilla y el inicio de derechos de mercado e impuestos que debían servir para sufragar la policía indígena. España evacuaría las zonas ocupadas cuando se completase la policía marroquí y ésta pudiese ya garantizar por ella sola el orden. Las indemnizaciones se fijaban en 65 millones; como garantía se daba la explotación durante 65 años de las minas y un 55 por 100 de las utilidades mineras.

⁵⁸ BAHAMONDE, A. *Historia de España siglo XX...*, p. 392.

⁵⁹ LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 282.

catalanas y aragonesas se opusieron en julio de 1909 a que vayan sus hijos a la guerra''.⁶⁰

En el mitin organizado por las Juventudes radicales el 15 de junio de 1911 en su local Fraternidad Republicana, se pudieron escuchar varias intervenciones contra la guerra utilizando un mismo argumento, el de la puesta en cuestión de uno de los eslóganes con los que los políticos llamaban a filas, el de la necesaria ``civilización'' de Marruecos.⁶¹ Quizá sea necesario remarcar que no es de extrañar el protagonismo de los jóvenes republicanos contra la movilización bélica, además de por cuestiones ideológicas, por constituir la siguiente generación de movilizados tras el desastre. Muchos de ellos, al menos en las ciudades, eran hijos de profesionales y clases medias, cultivados, imbuidos de ideales de rebeldía y con predisposición para la acción, e integraron las Juventudes Radicales, participativas en las campañas políticas de los partidos y dispuestas para tomar la supremacía de la calle frente a sus oponentes clericales y monárquicos. Estos grupos de jóvenes republicanos entraron en conflicto con los católicos, que luchaban por mantener intactas su dominación y hegemonía en la ciudad, mientras que los republicanos lo hacían para articular una voluntad colectiva popular capaz de ganarse el consenso de la mayoría de la población zaragozana para construir una hegemonía alternativa y arrebatar el poder político a las oligarquías gobernantes.⁶²

A finales de 1911 fueron suprimidas las garantías constitucionales, siendo ilegalizada la CNT. En Zaragoza, la Federación Local fue también suspendida, y sus líderes detenidos. A la vez que se producía una cierta desarticulación de la organización obrera, la patronal zaragozana decidía crear una organización para defenderse de la combatividad obrera, conocida como la Federación Patronal;⁶³ empiezan a conformarse los oponentes que posteriormente se enfrentarán de manera encarnizada.

La represión que inició el gobierno Canalejas a partir de septiembre de 1911 tuvo como efecto la desorganización de las sociedades obreras, produciéndose una clara decadencia en la intensidad y el número de conflictos planteados por los

⁶⁰ *Ibid.*, p. 283.

⁶¹ *La Correspondencia Aragonesa*, 15-6-1911, nº 410. En LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 283.

⁶² BUENO MADURGA, J. I.: ``La reacción conservadora...', p.139.

⁶³ VICENTE VILLANUEVA, L.: *Sindicalismo y conflictividad...*, p. 46.

trabajadores.⁶⁴Tras la huelga general convocada en Zaragoza en 1912, el movimiento obrero urbano experimentó un freno considerable en cuanto a la actividad huelguística y asociativa se refiere.⁶⁵Los patronos habían consolidado su organización como un sólido y compacto bloque capaz de mostrar la más firme de las posturas en los procesos de negociación con los obreros en huelga. Eso y la vigilancia de las autoridades para el mantenimiento del orden público y por la garantía de la ``libertad de trabajo`` llevaron a las sociedades aragonesas a sus horas más bajas.

Ante la impopularidad del sistema de quintas, el gobierno de Canalejas promulgó en febrero de 1912 una nueva Ley del Servicio Militar Obligatorio, en el cual se prohibía la redención en metálico, la sustitución y el cambio de número en el sorteo. Quedaba establecido no obstante la figura de la ``cuota militar``, por la que los mozos que se costeasen el equipo y entregasen mil pesetas permanecerían únicamente diez meses e filas, cinco en caso del pago de dos mil pesetas. El dinero marcó nuevamente la diferencia, asunto que fue denunciado por la opinión pública y los medios. Se organizaron nuevas campañas de protesta, llevando la voz cantante en el ámbito nacional a partir de 1913 el Partido Socialista. A pesar del avance que la ley suponía en la democratización del servicio militar, no dejaron de repetirse lemas como "que vayan los ricos" o "o todos o ninguno". En ningún momento se perdió de vista, ni en los campamentos, ni en la metrópoli, que los sufrimientos de esos hombres son el resultado de la injusticia que representaba el sistema de reclutamiento.

No obstante, en Aragón los socialistas carecían de suficiente raigambre como para liderar la campaña con éxito, puesto que en las secciones y en la propia Federación Local primaba el anarquismo, y aunque los llamamientos a la unidad de acción se escuchaban por doquier, todavía no era posible la unidad frente a un objetivo común.⁶⁶ El antimilitarismo no tenía prioridad en las agendas de las sociedades, como se vio en el mitin del Primero de Mayo de 1913, celebrado en la plaza de toros de Zaragoza, en el cual solo hubo una intervención contra la guerra de Marruecos, la de Tiburcio Osácar.⁶⁷

A este respecto, resulta importante resaltar que fueron los republicanos los primeros que articularon un discurso crítico hacia la guerra y sus consiguientes políticas

⁶⁴ *Ibid.*, p. 46.

⁶⁵ LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 335.

⁶⁶ LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 285.

⁶⁷ *Heraldo de Aragón*, 2-5-1913, nº6079. En LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 285.

belicistas, estando muy influenciados además por las noticias que estaban llegando de Europa. Formaban esta coalición política sectores de la pequeña burguesía urbana, trabajadores de los oficios artesanales urbanos y obreros industriales, y su cultura política estaba asentada en los vecindarios populares de la ciudad y en una red asociativa promovida y gestionada por los republicanos, en la que figuraban los ateneos, las escuelas racionalistas, las tabernas, las imprentas, los periódicos... En los centros de esa red, los republicanos trataron de socializar a las masas populares urbanas, aquejadas de un altísimo analfabetismo, en los valores y principios de una nueva cultura laica y democrática, alejada de la secular y omnipresente hegemonía de la Iglesia católica.

En esos centros fueron también socializados e instruidos los militantes y dirigentes del movimiento obrero zaragozano de comienzos de siglo⁶⁸ Sus principios eran fundamentalmente dos: por un lado, el anticlericalismo, nacido para combatir la hegemonía de la Iglesia en la sociedad civil y en la vida privada de los hombres y mujeres de las clases populares; y por otro, una actitud hacia la política, plagada de ambigüedades eso sí, que oscilaba entre el apoliticismo más descarnado y la crítica moral del comportamiento de las elites políticas monárquicas, al caciquismo, nepotismo, enriquecimientos rápidos... Poseían asimismo la voluntad política de crear un sistema alternativo, la República, en el que las clases populares pudieran disfrutar de los mismos derechos cívicos que las elites habían monopolizado durante décadas, como el sufragio universal masculino, los derechos de asociación y reunión, la libertad de expresión, y la igualdad jurídica.⁶⁹

En agosto de 1913, un mitin organizado por los republicanos en el Teatro Circo criticó la guerra;⁷⁰ en septiembre, el gobernador prohibió dos mítines proyectados por la sociedad republicana ``Jóvenes Bárbaros'',⁷¹ mientras que en febrero de 1914, durante un mitin organizado por las sociedades obreras en la Casa del Pueblo, cedida por los republicanos, se escucharon alocuciones contra la Guerra de Marruecos y protestas contra la prohibición gubernamental de las manifestaciones proyectadas.⁷² Además de las arengas contra la Guerra de Marruecos y la liberación de presos; quizá merezca destacarse que como una de las conclusiones a este mitin se aplaudió la necesidad de

⁶⁸ BUENO MADURGA, J. I.: ``La reacción conservadora...'', p.140.

⁶⁹ BUENO MADURGA, J. I.: ``La reacción conservadora...'', p.141.

⁷⁰ *Heraldo de Aragón*, 4-8-1913, nº6173. En LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 321

⁷¹ LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 321.

⁷² *Heraldo de Aragón*, 7-2-1914, nº6339. En LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p.321.

constituir lo antes posible la Federación Local de Sociedades Obreras, que por la represión seguida a la huelga de 1911 había desaparecido formalmente.

Estas movilizaciones fueron importantes en la medida en que la actividad y compromiso en estas campañas reforzaron la solidaridad interna, elevaron los niveles de expectativas de cambio y motivaron a crecer en los niveles organizativos y los recursos para la movilización.⁷³ No obstante, la unidad interna de este bloque se vio seriamente comprometida por el enfrentamiento cada vez mayor entre la pequeña burguesía patronal y el proletariado de oficio, conflicto que fue creciendo especialmente a partir de 1910. El republicanismo, cuyo discurso reflejaba los intereses de los diferentes grupos que integraban su base social (pequeños burgueses, obreros, artesanos y pequeños propietarios agrícolas), perdió, de esta forma, gran parte de su capacidad como movimiento político de masas en la sociedad civil aragonesa. Tanto la pequeña burguesía como el movimiento obrero empezaron a buscar nuevas vías de expresión y de defensa de sus intereses en una sociedad cada vez más compleja y sometida a una crisis crónica de su sistema de dominación. Los dirigentes republicanos, aunque no perdieron nunca sus antiguos contactos y relaciones con la clase obrera, intentaron llenar ese vacío reorientando su discurso político hacia las clases medias, un grupo en progresivo crecimiento en la sociedad aragonesa y especialmente zaragozana del primer tercio del siglo XX, tratando de satisfacer sus expectativas de un cambio político, pacífico y gradual, basado en una alianza interclasista entre la clase media y la clase obrera.⁷⁴

A partir de 1913, los diez años siguientes coincidieron con una situación de crisis social europea generalizada. En España los grandes temas políticos del periodo fueron la descomposición del dinastismo, la agudización de la problemática alrededor del pretorianismo militar, tensiones sociales y nacionalistas, y la tensión constante que producía una guerra impopular y costosa que bloqueaba cualquier margen de maniobra económica de todos los gobiernos. La crisis del sistema político fue patente, llegando a amenazar incluso los aspectos más elementales del parlamentarismo, al no poder ni tan solo aprobar unos presupuestos del Estado, los cuales fueron sistemáticamente prorrogados a partir de 1914. Los viejos turnos entre conservadores y liberales fueron perdiendo sentido, y progresivamente la fórmula utilizada fue la de los gobiernos de

⁷³ LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 286.

⁷⁴ BUENO MADURGA, J. I.: ``La reacción conservadora...'', p.141.

concentración, usualmente dentro del mismo partido, con lo cual se limitaba aún más la relación entre juego electoral y turno de partido. Ello facilitaba y a la vez era la consecuencia del troceamiento localista del sistema, con una autonomía creciente de los cacicatos locales al margen del Ministerio de la Gobernación.⁷⁵

A la entrada del año 1914, se anunciaba una crisis de trabajo y de subsistencias entre los sectores populares de la población, y, como los estudios sobre la acción colectiva han demostrado, en los peores momentos no se producen protestas de la desesperación, sino, al contrario, desmovilización y carencia de recursos.⁷⁶ A pesar de que el Primero de Mayo de 1914 hubo nuevas disertaciones en rechazo a la Guerra de Marruecos en la plaza de toros de Zaragoza,⁷⁷ pocos meses más tarde, el inicio de la Primera Guerra Mundial llevó el desánimo a las filas obreras al comprobar como el internacionalismo había caído en el olvido, y la intensidad de la oposición disminuyó conforme lo hicieron las acciones en Marruecos. Los debates en la opinión pública versaron en estos momentos principalmente sobre la pugna entre aliadófilos y germanófilos. Sólo encontramos una acción bélica colonial, de menor importancia y realizada por los regulares, el 15 de octubre de 1914, en la que se produjo el bautismo de fuego del Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas "Larache" Nº 4 en las cercanías de R'Gaiga. Este acontecimiento no parece tener influencia en las protestas de ese momento en Aragón, puesto que si bien a principios de noviembre centenares de obreros se agolparon a las puertas del consistorio zaragozano, sus demandas versaban sobre temas laborales.

El proceso industrializador, que tuvo especial incidencia en Zaragoza, se vio acelerado por el estallido de la Guerra europea. La guerra dio lugar a una situación excepcional que, entre otras consecuencias, provocó el incremento de beneficios en algunos sectores industriales y el alza generalizada de los precios de los productos de primera necesidad. El aumento de los beneficios se produjo sobre todo en las regiones con un sector industrial consolidado como Cataluña o el País Vasco, pero regiones con desarrollo industrial débil como Aragón no pudieron sacar todo el provecho posible, aumentando la distancia que le separaba de aquéllas. El alza de los precios tuvo graves repercusiones en el nivel de vida de los sectores populares dando lugar al problema de

⁷⁵ BAHAMONDE, A. *Historia de España siglo XX...*, p. 397.

⁷⁶ LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 335.

⁷⁷ *Heraldo de Aragón*, 2-5-1914, nº6225. En LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 335.

las subsistencias, el cual fue especialmente grave hasta 1918 ya que los salarios de los trabajadores no experimentaron una subida paralela.⁷⁸

Las sociedades obreras aragonesas tuvieron que volver a recorrer el camino andado con lentitud y problemas, por lo menos hasta 1916, hasta que una vez fundada de nuevo la FLSO en 1915 y celebrado el Congreso local en febrero de 1916, se produjo el verdadero punto de arranque de la organización obrera zaragozana.⁷⁹ Además de la FLSO, es necesario destacar que existían también en Zaragoza diversas asociaciones obreras católicas que agrupaban a cerca de mil afiliados y que se coordinaban en la Unión de Sindicatos Obreros Católicos.

El primer paso, una vez levantada la prohibición de las sociedades obreras, fue la reconstrucción de éstas y la creación de un Centro Obrero como forma elemental de coordinación. No obstante, a pesar de que el número de sociedades obreras volvió a ser elevado, entre catorce y diecinueve sociedades, que contaban con una afiliación en torno a las 2.300 personas en los años 1914/1915, la actividad de estas sociedades y su influencia en el conjunto de los trabajadores fue más bien escasa. La pérdida de terreno que la represión había provocado en la fuerza y capacidad de respuesta de las sociedades obreras se vio agravada por el aumento del paro y la subida de los precios de las subsistencias.

A pesar de la actividad del Centro Obrero, que trataba de concienciar a los trabajadores zaragozanos de la necesidad de ingresar en las sociedades obreras para fortalecerlas y responder colectivamente a los problemas, el eco de sus llamamientos no fue efectivo hasta los años 1916/17. En febrero de 1916 se organizó un congreso de la Federación Local de Sociedades Obreras, en el cual se tomaron acuerdos unitarios que se podían considerar como marco de referencia teórico en el cual se tenía que desarrollar la acción de las sociedades obreras encuadradas en la FLSO.

A partir de este momento, empezaron a plantearse huelgas de mayor calibre, cuyo efecto fue a largo plazo de gran importancia, puesto que si bien las motivaciones de dichas protestas no estaban directamente relacionadas con el conflicto marroquí, sino que perseguían la mejora de las condiciones laborales, en el momento en el que la huelga se generalizó, las mejoras materiales pasaron a un segundo plano, y lo que

⁷⁸ VICENTE VILLANUEVA, L.: *Sindicalismo y conflictividad...*, p. 194.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 47.

interesó a las organizaciones obreras fue el efecto concienciador sobre los trabajadores. Destacan a este respecto las huelgas de ferroviarios y metalúrgicos, que aunque no consiguieron satisfacer sus demandas, sí lograron atraer a los obreros progresivamente hacia las organizaciones sindicales.

En 1916 se plantearon huelgas que, debido a su escasa duración, tuvieron poca resonancia, teniendo como origen todas ellas la petición del aumento salarial. En 1917, los conflictos aumentaron y las tensiones sociales empezaron a ser palpables en Aragón; si bien en 1916 se contabilizaron 15 huelgas y 11.897 jornadas perdidas, en 1917 fueron 27 huelgas y 175.543 jornadas perdidas, la mayor parte impulsadas en torno a los salarios, la jornada laboral y el reconocimiento de la sociedad obrera. En las localidades rurales, tuvieron lugar nada menos que dieciséis huelgas durante 1916, y dieciocho en 1917, casi todas protagonizadas por braceros agrícolas u obreros del campo, aunque también las hubo de mineros (Mequinenza), pastores (Aranda de Moncayo, Monreal de Ariza, Ariza, Illueca, Jarque, Castiliscar), muleros (Alpartir) o albañiles (Terrer, Alhama). A pesar de todo, no parece realmente probable que las acciones bélicas en Marruecos tuvieran gran influencia en estos conflictos: sólo encontramos un episodio a destacar, la toma de El Biutz el 29 de junio de 1916, en la cual participaron aragoneses procedentes del batallón de Barbastro.⁸⁰

A pesar de que las protestas activas no parecen estar motivadas por las acciones bélicas en Marruecos, ello no significa que la opinión pública no siguiera oponiéndose a estas campañas, y las protestas tradicionales pasivas, como la evasión de las quintas, no solo continuaron estando presentes sino que se incrementaron. El control sobre los reclutas ejercido por el propio sistema jurídico, el poder disuasorio de las fuerzas del orden o el consenso conseguido a través de los discursos belicistas, impedían encontrar con claridad vías de escape a la quinta. Las cifras vuelven a ser elocuentes en relación al rechazo a la quinta nada más comenzar las campañas africanas. Y es que la media nacional de profugismo pasa de 3'44% en el trienio 1895-1897 a 13'37% en los años

⁸⁰ Esta acción bélica sería posteriormente ensalzada durante la dictadura franquista debido a que uno de los capitanes que mandaba una compañía era el capitán Francisco Franco, que fue herido durante el combate y recibió por ello la Cruz de María Cristina, pero se le denegó la Laureada de San Fernando, a pesar de sus insistencias personales a Alfonso XIII, que para compensarle favoreció su ascenso a comandante. En 1952 se erigió un monolito conmemorativo en el lugar de la batalla, y se escribieron relatos laudatorios sobre Franco en revistas como *España en sus héroes*, Fasc. 19, Madrid, Ornigraf, 1969. También se narran estos hechos en la película biográfica *Franco, ese hombre*, realizada en 1964 por José Luis Sáenz de Heredia.

1912-14, creciendo también en la región militar de Aragón de 1'6% al 12'49%, si bien durante los tres años siguientes el promedio de las tres provincias baja hasta un 4'2%.⁸¹

Indudablemente los mozos continuaron optando durante las quintas para Marruecos por la excepción (15'7% en Aragón 2 puntos por encima de la media nacional) y la exclusión (8'3% de promedio de excluidos totalmente en Aragón, y un 7'3% de excluidos temporales). En realidad el engaño que podía sostener la exclusión por motivos físicos no se dejó de dar, ni en retaguardia ni en el escenario de las operaciones bélicas, donde el ingenio debía aguzarse para jugar con la salud siguiendo las enseñanzas recogidas a través de la experiencia previa de otros reclutas.

Volviendo a las protestas activas, es necesario resaltar que 1917 marcó en Aragón el inicio del declive definitivo del repertorio tradicional de protesta, abriendo la puerta, a través de la orquestación de una campaña nacional de oposición antigubernamental sin parangón previo, y de la confluencia simultánea de reclamaciones por parte de diversos actores colectivos y políticos, a la crisis y al descrédito del sistema de la Restauración. En este momento, es indudablemente importante el papel que tuvo la memoria de las experiencias reivindicativas previas, dotando a los obreros de un cierto sentimiento de seguridad y confianza en las propias fuerzas, y la existencia de símbolos materiales contra los que se protestaba unánimemente, como la resistencia a la participación en la Guerra de Marruecos, contribuyeron tanto a unificar emocionalmente a la gente como a mejorar la condición táctica del grupo en el momento de la acción.

De esta manera, conforme avanzó la segunda década del siglo, las clases dirigentes fueron comprobando, primero con incredulidad y con notable desagrado después, que las protestas lograron organizarse con eficacia y que la clase trabajadora estaba dispuesta a utilizar la violencia para conquistar sus objetivos. 1917 marcó al respecto un hito significativo, al constituir la primera tentativa revolucionaria a nivel estatal, inaugurando el turbulento período conocido como ``trienio bolchevique``. Las elites burguesas, por su parte, se organizaron para contrarrestar los nuevos impulsos obreros de protesta. En primer lugar, se constituyó una coalición de fuerzas políticas y sociales, defensora del ``establishment`` y del orden social, formada por la elite burguesa y por sectores importantes de la clase media y del campesinado propietario.

⁸¹ LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento...*, p. 281.

Sus seguidores se mostraban contrarios a la democratización del sistema político, a la movilización del movimiento obrero y a las políticas secularizadoras y anticlericales que pretendían los republicanos. Esta coalición encontró un importante apoyo en los aparatos del Estado, sobre todo entre los militares y las fuerzas de orden público, para poner en práctica su estrategia conservadora y contrarrevolucionaria. Dicha unión fue construida por miembros de ambos sexos de la elite burguesa zaragozana en estrecha colaboración con los representantes de la Iglesia católica, en respuesta a los numerosos cambios sociales y culturales, como la industrialización y pauperización de las clases populares, y la creciente secularización de la vida cotidiana, ocasionados por el rápido desarrollo económico que estaba experimentando la ciudad de Zaragoza en las primeras décadas de siglo.

El resultado de esa colaboración fue la articulación de una estrategia conservadora, cuyo fin último era asegurar la supervivencia de las instituciones esenciales del mundo burgués decimonónico, como la escuela religiosa, el papel social de la religión, el poder político de las elites, el concepto de propiedad... en una época de crecientes cambios económicos, sociales y culturales. Esta estrategia se apoyaba en un nuevo discurso político, el catolicismo político y social, y en un entramado asociativo en la sociedad civil zaragozana que tenía la misión de ganarse el apoyo de las clases bajas, poniendo en marcha un ambicioso proyecto de "recristianización" de las clases bajas urbanas a través del trabajo de sus asociaciones en la sociedad civil zaragozana. Los tres pilares de ese proyecto eran la propaganda de las ideas conservadoras, en diarios como el anteriormente mencionado *El Noticiero*, la educación de los niños, niñas y jóvenes de clase obrera en los valores católicos, y las llamadas "obras sociales", que procuraban comida, ropa y otras ayudas a parados, mujeres, niños y ancianos de clase obrera.⁸²

No obstante, la comunión entre elites ciudadanas y Estado nunca fue perfecta, ya que los patronos y sus organizaciones representativas criticaron constantemente la voracidad fiscal del Estado, en la cual la Guerra de Marruecos tuvo un papel muy activo, ya que consumía una gran parte del presupuesto estatal, suponía el desbarajuste de normas tributarias y el aumento del número de funcionarios que consumían más recursos públicos y exigían la recaudación de más impuestos. Por ello, los patronos

⁸² BUENO MADURGA, J. I.: ``La reacción conservadora...'', p.140.

reclamaron insistentemente a los diferentes gobiernos, de todos los colores políticos, la reducción del déficit público, la nivelación de los presupuestos anuales e incluso el propio fin de la Guerra de Marruecos.

A pesar de todo, el enfrentamiento creciente entre la burguesía patronal, mayoritaria en la industria y en el comercio de la ciudad, y el proletariado zaragozano organizado en sociedades de resistencia y sindicatos, al que se sumó la intervención coercitiva del Estado, ya fuera a través de sus organismos de arbitraje laboral o a través del recurso a la fuerza armada, dio lugar a la conformación de un clima de "lucha de clases" que dejó importantes secuelas en la sociedad civil zaragozana y aragonesa. Esta confrontación desbarató inicialmente el funcionamiento normalizado de la mayoría de los sectores productivos, provocando el cierre de numerosas empresas y negocios, la huida de los inversores y el incremento del paro obrero forzoso. Finalmente, produjo una bipolarización de las fuerzas sociales zaragozanas en dos bloques antagónicos que pretendían imponerse por la fuerza al contrario. El desenlace de cada conflicto laboral no hacía más que alimentar esa dinámica violenta, al dejar un rastro cada vez mayor de odio y resentimiento y de deseos de venganza.⁸³

En los años de entreguerras, la sociedad civil zaragozana fue el escenario donde se dirimió el enfrentamiento de dos proyectos políticos, uno conservador y otro democratizador, que ofrecían soluciones diferentes a la crisis de dominación que afectaba al conjunto del Estado. Esa crisis política era el resultado de la confluencia en esta coyuntura de dos conflictos que provocaron, por un lado, un marcado sentido de desorientación y temor entre los miembros de la elite burguesa y de la clase media y, por el otro, una cada vez mayor desafección de las clases bajas hacia la clase dominante y las instituciones políticas existentes (Estado, justicia, ejército).⁸⁴

⁸³ *Ibid.*, p. 141.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 139.

Batalla en las calles: la explosión de la protesta a partir de 1917

El parlamentarismo había experimentado una crisis generalizada durante la Gran Guerra, no sólo en España sino en toda Europa, porque la coyuntura de la guerra por su excepcionalidad llevó a un refuerzo del ejecutivo en detrimento del legislativo. Las diatribas contra el Parlamento venían tanto de la extrema derecha (carlistas e integristas habían encontrado en la progresiva capacidad movilizadora de la Iglesia un excelente portavoz) como de la extrema izquierda, ya que las convicciones de los socialistas acerca de la democracia liberal no eran nada firmes y, menos aún, las de los anarquistas, que rechazaban el Estado y el juego parlamentario. La nueva derecha de mauristas y católicosociales tampoco quedó atrás en su crítica al parlamentarismo, que, junto a la del republicanismo, dejaba prácticamente solos a los dos partidos del turno en el frente de su defensa.

Liberalismo y democracia, y sus opuestos, habían sido el eje de un discurso político articulado por los partidos dinásticos en términos de reforma, y por los antidinásticos de ruptura, pero sesgado por los valores antipolíticos y populistas del regeneracionismo. La neutralidad y el clima de la guerra europea fueron la ocasión para que los antidinásticos, los más críticos, mantuvieran vivo su debate en torno a los problemas heredados, representación y legitimidad política, descentralización administrativa y autonomía, derechos ciudadanos y de participación, etcétera. Pero el fin del turno supuso un cambio de reglas: de dos partidos que se turnaban en el poder, se pasó a varios, entre ellos, los nacionalistas, con aspiraciones firmes de gobierno. Los aspirantes, como en otros países europeos, se dedicaron a practicar la obstrucción parlamentaria para debilitar a los gobiernos que, de ese modo presionados, se veían obligados a negociar. La obstrucción como método de desgaste se empleó contra gobiernos conservadores y liberales indistintamente (el caso de la Lliga Regionalista de Cataluña es paradigmático en ese sentido) y erosionó su legitimidad, ya que, incapaces de lograr respaldos parlamentarios, se vieron obligados en muchos casos a cerrar las Cortes y gobernar por decreto.

El fin del turno venía acompañado de la fragmentación de los partidos y, ante las dificultades para la alternancia, la fórmula de gobiernos de concentración fue una solución que funcionó sólo momentáneamente, porque cuando no era la falta de acuerdos entre los grupos políticos, eran las presiones del ejército, que desde 1917 había

recuperado su antiguo protagonismo político y su voluntad de intervención en la cosa pública. La crisis de los partidos, sin embargo, obligó a una vuelta a gobiernos más que de partido, de facción, que al no disponer de mayorías suficientes ponían constantemente en peligro la gobernabilidad.⁸⁵

Mientras tanto, las inconsistencias gubernamentales tuvieron su repercusión en la clase trabajadora, y la agitación obrera, tras alcanzar un notable grado de intensidad en 1917, aumentó a partir de 1918 extendiéndose a todos los sectores laborales. Las huelgas de oficio fueron constantes, salpicando la vida cotidiana de pequeños incidentes que en algunas ocasiones se transformaron en acciones violentas. El número de huelgas en Zaragoza fue de 41 en 1918, 38 en 1919 y 42 en 1920. Esta elevada conflictividad social se reflejó paralelamente en un aumento de las sociedades obreras, y de la afiliación y reforzamiento de la FLSO. A su vez, un importante sector de la patronal, la integrada en la Federación Patronal, trató de llevar a cabo un reforzamiento de sus organizaciones para hacer frente a las reivindicaciones obreras y fue radicalizando su respuesta a través de métodos, como el lock-out, que hicieron cada vez más difícil el entendimiento con los trabajadores. Conforme las posiciones obreras y patronales se iban distanciando y radicalizando, se fue gestando un clima de enfrentamiento que favoreció y propició el surgimiento de la violencia.⁸⁶

El escenario marroquí, mantenido coyunturalmente en un segundo plano, volverá a acaparar nuevamente la atención nacional. La relativa tranquilidad de los cuatro años que duró la I Guerra Mundial había permitido la repatriación de más de 20.000 soldados y una reducción de 33 millones de pesetas en el presupuesto marroquí en una línea política más ajustada al sentir de la opinión y a las propias posibilidades económicas del país. Sin embargo, a partir de 1919 se produjo un giro en la política seguida en los años anteriores. El gobierno Romanones decidió entonces la reactivación de la campaña de Marruecos, coincidiendo con una intensificación de la acción de Francia en su zona tras la I Guerra Mundial. El giro, incluido el nombramiento de un nuevo Alto Comisario (Dámaso Berenguer), se realizó sin llamar demasiado la atención, al estar el país preocupado por una serie de problemas: la escasez de alimentos y las subidas de precios, la cuestión catalana, las juntas y la huelga de la Canadiense. No

⁸⁵ BARRIO, Á. (ed.) ``La crisis del régimen liberal en España...'', pp. 5-6.

⁸⁶ VICENTE VILLANUEVA, L.: *Sindicalismo y conflictividad...*, p. 75.

obstante, pronto los reveses y el elevado número de bajas colocarían la política colonial, de nuevo, en el centro de la opinión pública.

Durante los tres primeros meses del año 1919, no se produjeron protestas de importancia, pero a partir de abril la situación cambió con el estallido de nueve huelgas, lo que resultó en un periodo de conflictividad durante los meses siguientes. El 15 de abril caía el gobierno Romanones, que fue sustituido por un nuevo encabezado por Maura. Una vez más, la guerra en Marruecos tuvo un papel importante en la política española, ya que entre los días 11 y 12 de julio se produjeron sangrientos combates en Kudia Rauda (al noreste de Tetúan), donde murieron 5 oficiales y 35 soldados, y hubo 187 heridos, un número significativo de bajas que pasó factura al gobierno: el 20 de julio cayó el gobierno Maura y fue reemplazado por el datista Sánchez de Toca con Manuel Burgos y Mazo como Ministro de Gobernación, lo cual dio lugar a un breve período de reconciliación general y pacificación que duró hasta diciembre.⁸⁷ No parece sin embargo que los hechos marroquíes tuvieran gran repercusión en el ámbito aragonés.

En la línea del enfrentamiento social, puede incluirse también la formación del Somatén de Zaragoza,⁸⁸ el 24 de marzo de 1919, impulsado por el Conde de Sobradriel y el teniente coronel Rafael Valenzuela Urzáiz, quedando constituido oficialmente el 16 de abril de 1919. A pesar de que el Somatén se consideraba como un organismo sin color político y sin objetivos contrarios a los obreros, sus fundadores reconocían que el Somatén había nacido frente a la amenaza de destruir la paz social que se cernía sobre Zaragoza a principios de 1919. Sus filas quedaron abiertas ``a todo hombre honrado y de orden`` ya que su objetivo era ``despertar a los dormidos, agrupar a los honrados y establecer la unión de gentes de orden para constituir un dique a las desbordadas pasiones``.⁸⁹

1919 fue un año decisivo para el sindicalismo, ya que durante este año confluyeron elementos contradictorios de ideas, derechos, estrategias y oportunidades que acabaron por frustrar la posibilidad de integración de los sindicatos en el sistema,

⁸⁷ *Ibid.*, p. 86.

⁸⁸ Zaragoza fue la primera población de España, a excepción de Cataluña, que organizó el Somatén. Los promotores del Somatén contaron con un apoyo fundamental, el Capitán General de la Región, Sr. Ampudia, al que denominaron como ``alma de la vida de la Institución``, ya que, entre otras cuestiones, autorizó a tener armas en su casa a los miembros del Somatén.

⁸⁹ VICENTE VILLANUEVA, L.: *Sindicalismo y conflictividad...*, p. 93.

con todo lo que ello representaba para la paz social y la institucionalización de los derechos ciudadanos, desafío pendiente en la modernización del Estado que no sería solucionado hasta la Segunda República.

En el invierno de 1918-1919 parecieron darse unas circunstancias favorables: en plena vorágine de asociacionismo corporativo, nunca habían estado más próximos a una entente sindical los sindicatos socialistas y anarquistas que habían depurado sus estrategias de lucha y aprovechaban la intensificación de la movilización social en beneficio de una cada vez más codiciada representatividad sindical. El gobierno Romanones, por su parte, daba muestras de cierta sensibilidad para incentivar la reforma social y acometer por fin una política coherente de previsión social y de trabajo, incluso, antes de que los compromisos diplomáticos con la OIT obligaran a ello. La izquierda liberal, además, entusiasmada con el carácter reactivo del sindicalismo, alimentaba un discurso indulgente y esperanzado sobre la actividad sindical, confiada en que su institucionalización fuese un factor decisivo en la democratización del régimen. Daba igual el modelo de relaciones laborales que se defendiera, si con intervención de los poderes públicos o sin ella, y los medios empleados, lo importante era conseguir los plenos derechos sindicales para intervenir con toda legitimidad en las relaciones laborales, y en eso parecieron estar todos de acuerdo, republicanos, socialistas y anarquistas, aunque por poco tiempo.

El miedo de las patronales a la bolchevización del movimiento obrero, que buscaron el respaldo de los sectores más antiliberales de la sociedad española, entre ellos, los militares, acabó con la neutralidad del gobierno y rompió con las expectativas de los propios sindicatos de utilizar el poder sindical a favor de su legitimación como representantes de los trabajadores en las relaciones laborales. La huelga de La Canadiense en Barcelona, donde los sindicatos de la CNT dominaron no sólo la huelga sino también la ciudad por unos días, representó en su controvertida evolución una especie de inflexión de la cual el sindicalismo salió doblemente derrotado. Al no poder garantizar el gobierno el cumplimiento de los acuerdos a que habían llegado los representantes sindicales con los representantes oficiales del Instituto de Reformas Sociales y del Ministerio de Gobernación por las presiones de los militares, los sindicalistas, defraudados, rompieron con su proceso de «domesticación» en ciernes y, tras la caída del gobierno, se reafirmaron con violencia en sus tácticas militantes de huelga general, provocaciones a los rivales y hostigamiento a los desmoralizados. El

resultado fue que un año después, en 1920, los sindicatos de la CNT estaban descabezados y la organización semidesmantelada y envuelta en una guerra abierta de atentados y pistolas con agentes de la patronal; además, era inviable la idea de un pacto con los socialistas porque en el congreso nacional de diciembre de 1919 la CNT había decidido romper todos los puentes con la política y las instituciones, incluida la UGT.⁹⁰

El gobierno Sánchez de Toca fue sustituido por el del maurista Allendesalazar, y en 1920 la violencia hizo acto de presencia en Aragón con una extensión y gravedad desconocidas hasta la fecha. A pesar de que el diálogo y la negociación entre patronos y obreros no se rompió del todo, la intensa conflictividad social desarrollada entre 1917 y 1919 tuvo sus consecuencias sobre el movimiento obrero y la patronal. Los obreros movilizados se volvieron cada vez más sensibles a las consideraciones ideológicas, lo cual influyó en sus tácticas y en sus formas de organización. Esta mayor sensibilidad a la ideología fue producto de la dinámica generada por la movilización de las masas obreras, en una época de tensión social.

El crecimiento del sindicalismo y el incremento de la conflictividad provocaron discusiones y debates en el seno de la FLSO acerca de la necesidad de adoptar nuevas formas organizativas y nuevas tácticas. El sindicalismo en Zaragoza se caracterizaba, entre otros aspectos, por mantener una organización autónoma y, por tanto, independiente de los dos sindicatos de ámbito estatal, UGT y CNT. La FLSO, una organización que agrupaba a la mayor parte de las sociedades obreras zaragozanas, era un punto de interés para ambos sindicatos, y ya en los meses de octubre y noviembre de 1918 diversas sociedades obreras recibieron circulares de CNT y UGT solicitando su ingreso en estos sindicatos. Este proceso de discusión culminó, entre 1919 y 1920, con la adopción del Sindicato Único como forma organizativa y el ingreso en la CNT. Esta transformación supuso, en parte, la demostración de la proximidad que existía entre el sindicalismo zaragozano y el sindicalismo cenetista, pero supuso también la confirmación de que resultaba inviable mantener una organización sindical de carácter local e independiente en un período de gran conflictividad social.⁹¹

La movilización obrera y las tensiones que podía generar hicieron madurar y evolucionar al sindicalismo aragonés hacia formas organizativas modernas e influyó en

⁹⁰ BARRIO, Á. (ed.) ``La crisis del régimen liberal en España...'', p. 21.

⁹¹ VICENTE VILLANUEVA, L.: *Sindicalismo y conflictividad...*, p. 76.

el ingreso de la FLSO en la CNT, así como la necesidad de integrarse en un organismo sindical de ámbito estatal que reforzara la organización para hacer frente a la represión y persecución del sindicalismo. La existencia de presos, la necesidad de buscar abogados para la defensa de los sindicalistas encausados por distintos delitos y la ilegalidad, que hacía difícil la cotización habitual a los sindicatos, pudieron hacer reconsiderar al sindicalismo aragonés su independencia orgánica respecto al sindicalismo de ámbito estatal.

El año 1919 terminó con los sucesos de Calatayud, en los que murieron tres personas a raíz de una huelga de trajineros, 1920 se inició con los sucesos del Cuartel del Carmen,⁹² y continuó con la explosión de quince bombas y cinco atentados, cuyo resultado fueron ocho muertos y un número indeterminado de heridos. La represión, las detenciones y el cierre de locales de las organizaciones obreras fueron también frecuentes en 1920 y, por tanto, la anormalidad en las relaciones laborales fue continua durante ese año.⁹³ La intensificación de las medidas represivas en Zaragoza pudo animar a los pequeños grupos de acción a actuar de forma violenta para conseguir por la fuerza lo que no podía conseguirse por métodos sindicales pacíficos debido a la intransigencia de los patronos. A ello se unieron la tensión social provocada por los incidentes de la huelga larga y dura de los camareros, el temor que se extendió a raíz de la sublevación del Cuartel del Carmen y las noticias procedentes de Barcelona sobre la persecución ejercida sobre la CNT.

En 1920 confluyeron graves tensiones sociales y políticas, además de la recesión económica provocada por el fin de la guerra europea en noviembre de 1918. Fue un año en el que el enfrentamiento social alcanzó elevados grados de violencia que se prolongaron en 1921, pero ya con unas organizaciones obreras muy debilitadas por la represión y persecución de que fueron objeto.⁹⁴

En cuanto a la política marroquí, un hecho clave tendría lugar a principios de este año: El 12 de febrero de 1920, el general Manuel Fernández Silvestre tomó posesión de la Comandancia General de Melilla. Silvestre abogaba por una gran acción

⁹² En la madrugada del 9 de enero de 1920 se produjo un levantamiento de los soldados de este cuartel de artillería, y aunque no fue una acción protagonizada por los trabajadores zaragozanos, tuvo un cierto contenido social por los objetivos que pretendían sus protagonistas.

⁹³ VICENTE VILLANUEVA, L.: *Sindicalismo y conflictividad...*, p. 100.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 76.

militar que pacificara de una vez por todas el protectorado, y de esta forma las acciones bélicas comenzaron a sucederse progresivamente: en el mes de agosto se produjeron avances en Dar Drius, Abbada, Chaif, y Midar, ocupándose Taffersit. El 14 de octubre, el teniente coronel Castro Girona logró la ocupación de Xauén, ciudad sagrada, y muy próxima a la frontera con el protectorado francés. A su vez, el 11 de diciembre Silvestre ocupó Monte Mauro, y se empezaban a trazar los planes de una expedición cuyo fatal resultado cambiaría el destino de la Historia de España.

Unidad y fractura: las repercusiones del Desastre de Annual

Las causas más inmediatas del desastre comenzaron con la temeraria campaña hacia Alhucemas emprendida desde la primavera de 1921, por el comandante general de Melilla, decidiendo adentrarse en un territorio inaccesible y hostil. A pesar de que el gobierno intentara explicar el desastre de Annual como un desafortunado error del general Fernández Silvestre, de carácter impetuoso y poco proclive a someterse a la autoridad del Alto Comisario,⁹⁵ la opinión pública se preguntaba por qué no fue respetada la estricta jerarquía del ejército, cómo era posible que la primera derrota, la caída de Igueriben, hubiera provocado el desmoronamiento de todo un frente oriental de 150 km, lo cual desencadenó que en un breve espacio de tiempo más de 70 posiciones se desplomaran como por efecto dominó, siendo un ejército de 25.000 hombres derrotado por los 4.000 cabileños liderados por Abd el Krim.

La respuesta a estos interrogantes sobre el desastre militar fueron encontradas en la propia osadía y falta de consistencia de la campaña del general Silvestre, y en la deficiente infraestructura de comunicaciones y avituallamiento del Protectorado.⁹⁶

El problema no era sólo la dilatada extensión, sino la forma en que se establecieron las posiciones defensivas, que fueron precariamente fortificadas, escasamente dotadas de hombres y armamento, y eran difíciles de abastecer tanto en material bélico como en agua debido al problema de las comunicaciones. Además, la retirada de Annual ordenada por Silvestre fue un auténtico caos, se produjo sin mando, sin orden, sin orientación, sin más norte que alejarse de Annual, en completo desconocimiento de las reglas más elementales de retirada, lo que quedaba como responsabilidad de unos oficiales que no supieron mantener el mando y orden en los momentos cruciales.

⁹⁵ Favorito y protegido del rey, Silvestre poseía un carácter impetuoso y poco proclive a someterse a ninguna autoridad. Conocido es que al referirse al Estado Mayor solía utilizar la expresión "el Estorbo Mayor". En CABALLERO DOMINGUEZ, M.: "La cuestión marroquí...", p. 238.

⁹⁶ Fernando Albi, en su libro *La política del Mediterráneo en la postguerra (1918-1929)* resumía de esta forma el avance: "La zona ocupada en poco más de un año era tan grande como la que se dominaba con anterioridad (...) La línea avanzada estaba excesivamente alejada de las bases de aprovisionamiento, sin que se hubiese procurado cubrir en debida forma la retaguardia y desarmar las cabilas que quedaban detrás; se operaba siempre con las mismas fuerzas, dilatadas hasta el límite máximo de su elasticidad; no se atendía más que a avanzar siempre en loca carrera".

Los resultados fueron demoledores: además de las enormes pérdidas materiales, más de 12.000 hombres perdieron la vida y un número desconocido seguían atrapados en Nador, Zeluán y Monte Arruit. Todas las conquistas de la última década, 5.000 km cuadrados de yermo, ganados a costa de ingentes sumas de dinero y miles de vidas, desaparecieron en el plazo de 3 semanas. Después de la rendición de Monte Arruit, último episodio del desastre, la ocupación española en el frente oriental había retrocedido hasta la propia Melilla, de tal manera que, entre otras cuestiones, el desastre puso brutalmente al descubierto la fragilidad y artificiosidad del protectorado.

Las consecuencias del desastre no se hicieron esperar. La primera e inmediata fue la caída del gobierno Allendesalazar, y el nombramiento de un nuevo gobierno de concentración presidido por Maura, el cual estaba convencido de que el prestigio internacional de España y la propia reputación de la monarquía dependían de la pronta recuperación del territorio perdido. El nuevo ministro de la guerra, Juan de la Cierva, abogó por la completa ocupación militar del protectorado, mientras la magnitud de las protestas crecía entre una población para la cual resultaba insuficiente la versión oficial de que el desastre se debía a "un desgraciado error del general Silvestre" y a medida que se iban conociendo los detalles trágicos y sangrientos del desastre.

El problema no era ya solamente la oposición de las clases populares, sino la oposición de la clase media. Buena parte de la clase media que había apoyado la reconquista comenzaba a creer que ya iba siendo hora de poner fin a las operaciones y devolver a casa a los soldados de cuota.

Annual, para desazón de la mayoría de los oficiales, además de mermar la reputación del ejército y la del propio rey, sospechoso de haber alentado a Fernández Silvestre, actuó consolidando el pacifismo de la izquierda.⁹⁷

Las repercusiones del propio desastre, y muy especialmente la magnitud de las protestas exigiendo la repatriación de las tropas, determinaron las políticas que los gobiernos de los dos últimos años de la Restauración intentaron imprimir a la política marroquí, que trataron de fortalecer la autoridad del ministerio de Estado nombrando por primera vez a un civil para el puesto de Alto Comisario, y anunciaron un cese de las

⁹⁷ Desde entonces, y como señalara Chapaprieta, ministro de Trabajo en el gobierno de concentración de García Prieto, "no hubo lugar más que para el obsesionante problema de Marruecos con sus malhadadas repercusiones".

operaciones, el cual no llegó porque acabó estrellándose ante las presiones de los militares.

La magnitud de la derrota, las dimensiones de las pérdidas, el dramatismo de la caída de las posiciones y la agónica supervivencia de algunos soldados y oficiales se unieron para convertir por espacio de unos meses a Marruecos en el centro de atención de la vida nacional. De ese modo, el desastre de Annual sacudió a la opinión pública española y la hizo interesarse como pocas veces hasta entonces por la labor en Marruecos.

Sin embargo, Annual fue una oportunidad singular para el régimen, que se vio rodeado por el apoyo de la mayoría de los españoles. Tras los primeros instantes de estupor e incredulidad, la campaña patriótica iniciada por el gobierno Maura para conseguir un estado favorable de opinión que permitiera el envío de tropas encontró una adhesión generalizada en la mayoría de las ciudades del país, dando lugar a un momento de singular sintonía entre los ciudadanos y la labor de gobierno, en un reverso paradójico de la situación en 1909. Campañas patrióticas, donaciones, fiestas y recaudaciones en la mayoría de los pueblos de España se unieron a las despedidas multitudinarias de los soldados, en las que participaron autoridades religiosas y civiles. Esta oportunidad fue claramente percibida por los defensores del régimen, que consideraban que podía ser una ocasión idónea para iniciar un nuevo rumbo en la vida política de la Restauración.⁹⁸

Desde que se tuvo la noticia de Annual, la presumible conflictividad que el suceso podría haber producido en ciudades como Zaragoza, donde el elemento obrero era numeroso y combativo, se vio mermada por la desvinculación de las entidades sindicales del problema marroquí. A la inversa, la cada vez más creciente intensidad de las luchas específicamente sindicales aseguró a los gobernantes el apoyo, o cuando menos la inacción de las clases acomodadas, temerosas de su efervescencia.⁹⁹

En cualquier caso, no parece existir, una relación clara entre el caos social de Zaragoza con el desastre de Annual. Las causas que llevaron al enfrentamiento entre

⁹⁸ LA PORTE, P.: ``Marruecos y la crisis...'', p. 69.

⁹⁹ En una carta al Presidente del Gobierno, Sánchez-Guerra, Cambó le dijo: ``Tenga en cuenta que si el espíritu de la campaña de Marruecos no se ha exteriorizado con más viveza se debe a la reacción gubernamental que en la burguesía española han provocado las virulencias del sindicalismo.'' En LA PORTE, P.: *El desastre de Annual...*, p. 557.

patronos y obreros no fueron ni la oposición a la campaña africana, ni una crisis económica provocada por el aumento de precios del arancel, ni una crisis de subsistencias, sino una lucha política por la hegemonía del movimiento sindical.¹⁰⁰ Ha de ser tenido en cuenta también que en Zaragoza la censura ejercida por el gobernador civil superó con mucho a la de Madrid, de ahí que los periódicos madrileños se vendieran con mayor profusión.¹⁰¹ El Partido Comunista fue la fuerza política que con mayor intensidad se opuso a la campaña militar en África tras lo ocurrido en Annual; sin embargo, su escasa entidad y difusión en Aragón minimizaron el eco de su protesta.¹⁰² También hubo algunas detenciones de sindicalistas por sus protestas contra Marruecos en el mes de agosto, pero su carácter débil, inconexo, fragmentado y disperso apenas hizo mella en el ambiente patriótico de la nación.¹⁰³

Podemos citar algunas de las numerosas muestras de adhesión a la campaña bélica: el *Diario de Huesca* inició una suscripción para regalar un aeroplano al Ejército;¹⁰⁴ el arzobispo de Zaragoza, cardenal Soldevila, se distinguió especialmente como promotor de una intensa actividad patriótica en su diócesis, bendiciendo la salida de tropas desde el Pilar e iniciando suscripciones populares a beneficio de los soldados de África; el obispo de Huesca pidió al clero de su diócesis colaboración con la campaña patriótica.¹⁰⁵ En el otoño de 1921, el espíritu público no abandonó a las tropas que embarcaban en la Península: los embarques y las despedidas de los soldados ofrecieron la misma imagen de patriotismo que ya había comenzado a mostrarse tras los sucesos de Monte Arruit. Arropadas por las autoridades militares, civiles y religiosas, las tropas marcharon hacia su destino en África en medio de manifestaciones de afecto, generosidad y ánimo generalizadas. Con frecuencia, los capitanes generales presidieron el embarque de tropas, como ocurrió en Zaragoza con el general Ampudia.¹⁰⁶ Las vivas al rey, a la patria y al ejército, los aplausos, los vítores, fueron el cortejo que despidió a los soldados que marchaban hacia África.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 703.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 281.

¹⁰² *Ibid.*, p. 286.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 288.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 282.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 283.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 304.

Sin embargo, a finales de 1921, la campaña de Marruecos dejó de ser un motivo de entusiasmo para empezar a convertirse en un problema.¹⁰⁷ Tras meses de apoyo continuado, los sucesivos gabinetes que se sucedieron en el gobierno del país no fueron capaces de resolver los problemas que más preocupaban a la opinión pública con respecto a Marruecos: la recuperación de las posiciones perdidas, el castigo a los rebeldes, la liberación de los prisioneros españoles, el fin de las campañas militares, la repatriación de los soldados y la exigencia de responsabilidades políticas. Una a una, todas las esperanzas que se habían creado a la sombra de la derrota de Annual se vieron aplazadas y desvirtuadas. En primer lugar, la reconquista de las posiciones perdidas (nunca conseguida plenamente), tras la cual buena parte de la opinión esperaba una reducción de los contingentes militares, que no llegó a ser significativa, y que incluso se vio desmentida en 1923. En segundo lugar, el rescate de los prisioneros, sólo finalmente conseguido en febrero de 1923 en unas condiciones humillantes. En tercer lugar, la depuración de responsabilidades políticas, paralizada en las Cortes. Y, finalmente, el fin de las campañas militares, repetidamente prometido y nunca consumado. En apenas dos años, el potencial que la adhesión de la opinión pública ofreció al régimen se desvaneció, hasta el punto de que en el verano de 1923 podía decirse que la resignación y el fatalismo habían sustituido a sus pasados entusiasmos.¹⁰⁸

La cuestión colonial había estado latente y no había dejado de provocar fricciones entre los partidos, tensiones entre el poder civil y el militar, así como descontento dentro del ejército con los africanistas por el problema de los ascensos, pero el desastre de Annual puso en evidencia, ante una opinión pública atónita por el espectáculo sangriento de una derrota humillante, los problemas crónicos: falta de cualificación de los mandos para la planificación, atraso técnico y tecnológico, nepotismo, corrupción en la gestión del presupuesto y otros males de los que hablaba el Expediente Picasso, llevaban a la exigencia de responsabilidades no sólo militares, sino también políticas.

La campaña de las responsabilidades dividió más aún a los militares y exacerbó sus sentimientos de humillación frente a un poder civil incapaz de asumir responsabilidades políticas, y de satisfacer las demandas de la sociedad en la reconquista de las posiciones, la liberación de los prisioneros españoles, el castigo a los

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 363.

¹⁰⁸ LA PORTE, P.: ``Marruecos y la crisis...'', p. 70.

rebeldes o la repatriación de los soldados. Por eso el desastre de Annual, con su repertorio de acciones y reacciones, resultó un factor decisivo en el final del régimen, y revela hasta qué punto, al trastocar su dinámica con las expectativas de regeneración creadas en el proceso de responsabilidades, su frustración a causa de su propia inercia estimuló entre los militares un afán salvador y un sentimiento patriótico formulado explícitamente con el golpe de Primo de Rivera, que trataba de remediar la debilidad crónica del régimen, más que protegerlo de supuestas amenazas externas.¹⁰⁹

En Aragón, comenzamos a encontrar muestras de rechazo a la campaña marroquí a partir de diciembre de 1921, momento en el que la asociación de funcionarios de Huesca, apoyada por las asociaciones de Orense, Alicante y Cuenca, expresó su apoyo a la campaña pro-prisioneros. Más adelante, durante la celebración del 1 de mayo de 1922, en el mitin de Zaragoza (al igual que en la mayor parte de España), se escucharon alocuciones contra la guerra, y al finalizar se entregaron conclusiones al gobernador civil donde se pedía el abandono de Marruecos.¹¹⁰ Posteriormente, 18 de julio de 1922, el Ayuntamiento de Zaragoza envió al Presidente del Gobierno una instancia pidiendo la inmediata repatriación de las fuerzas expedicionarias ``de modo que solo quedaran en África las estrictamente necesarias para un protectorado de paz''. La Cámara de Comercio se unió a la petición dos días después.¹¹¹

A pesar de estas muestras, el verano de 1922 fue tranquilo, y Zaragoza continuó estando desvinculada del problema africano y centrada en las disputas sindicalistas de un modo cada vez más intenso.¹¹² No obstante, a finales de año se reactivaron las protestas: el 17 de diciembre, se produjo una multitudinaria manifestación pro-responsabilidades en Zaragoza, la cual fue una reivindicación popular, generalizada, intensa y firme en favor de la exigencia de responsabilidades por los sucesos de Annual, que además se mantuvo al margen de los partidos políticos.¹¹³ Finalmente, el 30 de agosto de 1923 la Asociación de Padres y Tutores de soldados de cuota de Zaragoza, en conjunción con las asociaciones del resto de España, estableció un plazo de 15 días para el definitivo licenciamiento de los soldados de cuota y encareció al gobierno el abandono del Protectorado.

¹⁰⁹ BARRIO, Á. (ed.) ``La crisis del régimen liberal en España...'', p. 17.

¹¹⁰ LA PORTE, P.: *El desastre de Annual...*, p. 487.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 540.

¹¹² *Ibid.*, p. 556.

¹¹³ *Ibid.*, p. 605.

El gobierno García Prieto de 1922-1923, el último dentro de la normalidad constitucional de la monarquía de Alfonso XIII, tuvo una cierta ambición. Pretendió reeditar en ciertos sentidos el Bloque de Izquierdas de 1908-1912 a través de un programa de reforma de la Constitución que de nuevo situaba el reformismo en un terreno fundamentalmente político y que parecía querer, sin éxito por otra parte, reencontrar el anticlericalismo. Quizás la propuesta de mayor calado fuese el proyecto de reforma agraria de Santiago Alba. Sin embargo, dada la debilidad del régimen y del sistema político, aquel gobierno sería incapaz de detener el golpe de los militares.¹¹⁴

¹¹⁴ BAHAMONDE, A. *Historia de España siglo XX...*, p. 399.

Conclusiones

Un problema básico a la hora de abordar este trabajo es que resulta difícil distinguir, en esta agitación generalizada, lo que pertenece propia y exclusivamente a la guerra de Marruecos. Si bien la huelga y el mitin sirvieron de vehículos en estos años a variadas reivindicaciones (económicas, religiosas, regionalistas...), parece, sin embargo, que, en su forma directa o por sus consecuencias, la guerra fue el mayor problema que movilizó al país de forma duradera, o por lo menos el que se mantuvo constante en la conciencia colectiva y estalló con vehemencia en los momentos clave. La guerra de Marruecos constituyó sin duda el aglutinante necesario de los partidos de la oposición, y contribuyó a dar público al partido socialista, a los republicanos más cercanos a éstos y a los sindicatos socialista y anarquista.

Es importante tener presente que los políticos españoles de comienzos del siglo eran conscientes del estado de la opinión pública con respecto a nuevas aventuras coloniales, especialmente tras el desastre de Cuba. De ahí que fueran especialmente cuidadosos no sólo a la hora de justificar la firma de nuevos acuerdos internacionales, sino también de presentarlos en los mejores términos posibles. El africanismo en España no consiguió, en este sentido, atravesar los límites de un movimiento marginal, reservado a viajeros, científicos y literatos, que creían encontrar en la otra orilla del Estrecho remedios para los males que sufría el país.

En primer lugar, puede concluirse que la Semana Trágica de 1909 estableció la pauta del que sería el papel de la acción colonial marroquí en la opinión pública peninsular en el primer tercio del siglo XX: el de servir de acicate, de chispa, de desencadenante para la manifestación de tensiones sociales nacidas de la falta de adaptación institucional a la cambiante realidad económico-social de España a comienzos del siglo XX. Marruecos se convirtió, en ese sentido, en un detonante de reivindicaciones nacidas de la precaria situación de amplios sectores de la sociedad española, agravada por el estancamiento del régimen en procedimientos y prácticas que impedían la renovación de sus estructuras y que lo alejaban cada vez más de la realidad social. Esto no significa que la acción en Marruecos fuera siempre recibida en España con desidia u hostilidad. Hubo ocasiones en que campañas victoriosas al otro lado del Estrecho de Gibraltar levantaron ráfagas de entusiasmo en la Península, como en 1913,

tras la campaña del Kert, aunque, por lo general, la respuesta de la opinión pública se mantuvo entre los límites del recelo y el distanciamiento.

El malestar popular y el apoyo a la protesta contra la guerra tuvieron variadas consecuencias. Una primera y más inmediata será la integración de la exigencia del fin de la misma en el programa de los partidos de oposición. A este respecto, conviene señalar las grandes diferencias existentes en el seno de las filas de la oposición a la hora de abordar el problema marroquí y de aportar soluciones. Los republicanos estuvieron divididos: por un lado, los radicales tuvieron posiciones fluctuantes a lo largo del tiempo; por el otro, los intelectuales reformistas pasaron desde una apuesta por el antibelicismo y la denuncia de la baja rentabilidad de las inversiones en Marruecos en 1912 a aceptar sólo un año después la expansión militar, justificándola por respeto a los tratados internacionales. Los republicanos cercanos al PSOE tuvieron una línea más firme y continua, lo que contribuyó a su unión con una población hostil a la guerra cuyas aspiraciones expresaron. Otra consecuencia de gran calado será la contribución de las fuerzas de oposición a la politización de los sectores populares. Si observamos otros factores históricos, podemos concluir que no hay ninguno que, por su duración y su extensión territorial, parezca interesar de manera tan continua y homogénea a la totalidad de la población.

A pesar de que entre 1910 y 1916 no se produjeran acciones bélicas de gran importancia, el problema marroquí siguió estando presente en el imaginario colectivo, como lo prueban las numerosas y repetitivas alocuciones hechas en los mítines con respecto al abandono de la guerra. Muy especialmente destacan las protestas contra el injusto sistema de quintas, objetivo de la mayor parte de las quejas en estos años, las cuales trataron de ser sofocadas con la reforma del sistema de quintas que llevó a cabo el gobierno Canalejas en 1912, la cual resultó insuficiente para las clases populares puesto que no eliminó la redención en metálico. Para el movimiento obrero, éstos fueron años de reflexión y reorganización, lo cual supuso una merma en las manifestaciones antibélicas. A pesar de todo, el miedo y rechazo a ir a Marruecos nunca desapareció, como lo prueban las crecientes cifras de profuguismo y evasión de las quintas mediante la exclusión, excepción y muchas veces el engaño.

Entre 1916 y 1920 se produjo un proceso de radicalización del antagonismo social entre patronos y obreros organizados. El aumento de la conflictividad social, y de

la afiliación a las sociedades obreras, fue constante desde 1917, alcanzando su punto álgido en 1918 y 1919. Conforme aumentaban los conflictos, se radicalizaban las posiciones y el enfrentamiento social se iba endureciendo: la práctica negociadora, a duras penas mantenida, terminó a partir de 1920 con el estallido de la violencia fruto de la radicalización del antagonismo social. No está del todo claro hasta qué punto pudo haber influido en estos años la guerra de Marruecos, puesto que si bien se han encontrado gran cantidad de protestas en este periodo, no siempre existe correspondencia entre las mismas y los episodios que se estaban produciendo en el frente africano.

Por otro lado, sí que queda de manifiesto la enorme influencia que tuvo el desastre de Annual en la población, con sus dos fases, primero de lo que podríamos denominar patriotismo y poco después de rechazo. Como hemos dicho, Annual proporcionó al régimen una oportunidad para iniciar reformas en un momento en el que contaba con el apoyo de sectores significativos de la opinión del país, dentro de la cual surgieron movimientos, manifestaciones e iniciativas que mostraron síntomas de una nueva vitalidad en la conciencia ciudadana. La crisis de Annual fue una oportunidad para el rejuvenecimiento del sistema político, una brecha a través de la cual encontraron camino un número importante de iniciativas reformistas, avaladas por el compromiso político y la conciencia ciudadana que se despertó en diferentes lugares de la Península. No es de sorprender que a partir de la derrota de Annual y de la consiguiente sacudida experimentada por la sociedad española, el régimen viviera un último momento de vigor, de entusiasmo, de esperanza en su propia regeneración. La recuperación de posiciones, el rescate de los prisioneros, la depuración de responsabilidades y otra multitud de asuntos derivados de las campañas marroquíes fueron objeto de interés, discusión, debates y manifestaciones multitudinarias y parecieron sacudir la apatía inveterada de la opinión con respecto a la colonización africana.

Sin embargo, en apenas veinticuatro meses, la cuestión que había servido para despertar a la opinión pública pasó a convertirse en uno de los agravios fundamentales dirigidos contra el régimen, y quizá en la razón última de su escasa popularidad en septiembre de 1923.

La aventura marroquí contribuyó a aumentar aún más la distancia que separaba al régimen de la Restauración de una parte creciente de la sociedad española,

especialmente cuando mostró en toda su crudeza el coste económico y social de una desacertada administración, de una corrupción extendida y de innumerables faltas en el cumplimiento de deberes y responsabilidades. El papel de Marruecos en el desgaste del sistema restauracionista debe ser entendido como indicador del pulso social en la Península y catalizador de las últimas energías de la Restauración, encauzando aspiraciones de reforma social y política que la propia inercia del régimen se encargó de disipar. En el progresivo, creciente y casi metódico proceso de desintegración del sistema político español en el primer tercio del siglo XX, la empresa marroquí resaltó los diversos problemas que no encontraron salida en el seno del régimen, poniendo de relieve sus contradicciones más evidentes, engrandeciendo su inoperancia y, en último término, exasperando sus fricciones internas.

La campaña de Marruecos tuvo además un efecto determinante en la pérdida de popularidad y prestigio del rey Alfonso XIII, señalado defensor de la misma. Las consecuencias de las repetidas crisis marroquíes de los años veinte encontraron en él un blanco hacia el que tendieron a converger las críticas parlamentarias de los enemigos del régimen y los agravios de crecientes sectores de la opinión pública, llegando a hacer vacilar las defensas de la monarquía.¹¹⁵ La dificultosa evolución de la empresa marroquí produjo paralelas turbulencias en su posición como jefe de Estado, en sus relaciones con sus gobiernos y en su imagen a los ojos de la opinión pública.

Marruecos no fue solamente parte de la historia colonial: fue, y durante muchos años, por sus implicaciones internas, parte de la misma historia de España, una pieza clave para entender la agonía y defunción de la Restauración. Marruecos fue también un factor determinante en el impacto y desarrollo de la evolución posterior de los acontecimientos, que conducirán a un cambio de régimen primero, y a un conflicto civil después. Al fin y al cabo, a lo largo de la dictadura de Primo de Rivera y de la República, Marruecos fue la principal base militar de la reacción desde donde se fue preparando el camino del levantamiento de 1936. El propio Franco en una entrevista al periodista Manuel Aznar lo expresaría claramente en 1938: "Allí nació la posibilidad de rescate de la España grande. Allí se fundó el ideal que nos redime. Sin África, yo apenas puedo explicarme a mí mismo, ni me explico cumplidamente a mis compañeros de armas". Fue precisamente en Llano Amarillo (Ketama, en el norte de Marruecos) donde

¹¹⁵ El propio monarca llegó a admitir que Marruecos le estaba haciendo jugarse la Corona, y consideró la posibilidad de abdicar en mayo de 1923 a consecuencia de la creciente impopularidad de la monarquía.

los militares insurrectos prepararon el golpe que acabaría con la República, iniciado como todos sabemos en las plazas africanas de Melilla y Ceuta.

A pesar de todo, quedan algunos aspectos que la historiografía deberá aclarar más y mejor, los cuales pueden ser objeto de futuros trabajos e investigaciones.

Entre las cuestiones a esclarecer, es necesario establecer en qué medida la guerra de Marruecos provocó una profunda modificación de la vida política al crear las condiciones de una información y de una expresión continua y generalizada de las clases populares. A este respecto, sería muy interesante recoger y estudiar romances, canciones, coplas... que puede resultar un rico filón informativo para analizar el sentir popular hacia las guerras marroquíes.

En segundo lugar, es necesario también preguntarse en qué medida los partidos políticos se vieron obligados a tener en cuenta la realidad de una población diametralmente opuesta a cualquiera acción bélica llevada a cabo en Marruecos en sus respectivas estrategias.

Además, puede plantearse en qué grado socialistas y anarquistas, que desde 1913 reclamaron casi a diario la abrogación de la ley de jurisdicciones y la supremacía del poder civil frente al peso y las amenazas del militarismo en la vida política, contribuyeron a formular doctrinalmente un antimilitarismo de los sectores populares, el cual creció al compás de la escalada militar.

Finalmente, puede ser muy interesante como medio de observación directa de las reacciones de la población establecer un análisis comparativo entre la publicación de los sucesivos decretos de quinta estatales y las más que posibles protestas populares al enterarse de que debían marchar a Marruecos.

Epílogo

Al comienzo de nuestro trabajo señalábamos que nuestro objetivo era relacionar la opinión pública y los levantamientos en Aragón a causa de la guerra de Marruecos. No obstante, debido a las condiciones de trabajo y a las dimensiones del mismo, finalmente nos hemos centrado en estudiar las características de la respuesta popular en Aragón movilizada por la Guerra de Marruecos, dejando más de lado el papel que la opinión pública pudo tener como instrumento movilizador de dicha respuesta. Para progresar en dicha idea, es necesario un trabajo de archivo, el cual fue comenzado a principios de octubre, pero finalmente abandonado a principios de enero. No queremos finalizar este trabajo sin esbozar el punto de partida del que puede ser un proyecto futuro continuador de esta línea investigadora.

En primer lugar, tomemos en cuenta el número de periódicos aragoneses del primer cuarto del siglo XX. Atendiendo a los datos, se observa un importante despegue, fundamentalmente en Zaragoza, percibido en 1913. Por contra, en 1920 se produjo un descenso en la capital, mientras que aumentó el número de periódicos en el resto del territorio aragonés.

| AÑOS | ZARAGOZA | HUESCA | TERUEL | ARAGÓN |
|------|-------------|-------------|-------------|--------|
| 1892 | 25 (53'19%) | 14 (29'78%) | 8 (17'02%) | 47 |
| 1900 | 29 (59'18%) | 10 (20'40%) | 10 (20'40%) | 49 |
| 1913 | 55 (68'75%) | 17 (21'25%) | 8 (10%) | 80 |
| 1920 | 39 (53'42%) | 24 (32'87%) | 10 (13'69%) | 73 |

Publicaciones aragonesas: Nº de publicaciones por provincias y total de la región.

Fuente: ALVAR SANCHO, L.: *La prensa de masas en Zaragoza (1910-1936): profesionalización y desarrollo empresarial, los casos de Heraldo de Aragón, El Noticiero y La Voz de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1996, p. 59.

Por otra parte, es importante conocer el número de las tiradas de dichos periódicos,¹¹⁶ en las cuales se detecta una progresión muy notable, aunque con una

¹¹⁶ Para contrastar, pueden ser de alguna utilidad los datos comparativos de periódicos más conocidos: por ejemplo, el *New York Times* oscilaba en la década de 1910 entre los 300.000 ejemplares diarios. En España, diarios como *La Libertad*, declaraban en 1920 una tirada de 90.000 ejemplares, *El Sol*, el mismo año, declaraba 85.000. *ABC* oscilaba entre los 150.000 y los 170.000 ejemplares, mientras que *El Debate* llegaba a los 150.000 y *El Liberal* y *Heraldo de Madrid* se acercaban a los 120.000 cada uno. La información del *New York Times* en TIMOTEO ÁLVAREZ, J.: *Historia y modelos de la comunicación en el siglo XX. El nuevo orden informativo*, Barcelona, Ariel, 1987, pp. 72-73. Las cifras de los diarios

concentración enorme en los diarios zaragozanos, lo que refuerza la idea de que la prensa de masas es un fenómeno esencialmente urbano.

| | 1913 | 1920 |
|-----------------------------|--------|--------|
| <i>Heraldo</i> | 15.000 | 35.000 |
| <i>La Crónica</i> | 8.000 | 5.000 |
| <i>Diario Avisos</i> | 6.000 | - |
| <i>El Noticiero</i> | 5.500 | 8.000 |
| <i>Diario Huesca</i> | 2.000 | 2.500 |
| <i>El Porvenir</i> | 1.500 | 3.500 |
| <i>El Mercantil</i> | 900 | 800 |
| <i>Noticiario Turolense</i> | 600 | - |

Tiradas: N° de ejemplares declarados por los principales diarios aragoneses.

Fuente: ALVAR SANCHO, L.: *La prensa de masas en Zaragoza...*, p. 60.

Vistos estos datos, es interesante calcular la proporción establecida entre número de ejemplares y subscriptores, y analizar los resultados.

| | Tirada | Subscriptores | % |
|----------------------|--------|---------------|--------|
| <i>Heraldo</i> | 15.000 | 6.520 | 43'46% |
| <i>La Crónica</i> | 8.000 | 4.700 | 58'75% |
| <i>Diario Avisos</i> | 6.000 | 4.700 | 78'33% |
| <i>El Noticiero</i> | 5.500 | 4.287 | 77'94% |

Distribución: Proporción entre tirada y subscriptores de los principales diarios.

Fuente: Elaboración propia.

Teniendo esto en cuenta, observamos cómo tanto *Diario de Avisos* como *El Noticiero* distribuían el grueso de sus tiradas directamente a sus subscriptores, mientras que *La Crónica de Aragón* lo hacía de manera equilibrada, y *Heraldo de Aragón* destinaba mayor producción a la venta en la calle, bien en los incipientes kioscos, bien en la propia redacción, o bien mediante numerosos voceadores callejeros. La menor vinculación con un público fiel subscriptor sugiere que *Heraldo de Aragón* se moviera con un grado más libre e independiente que el resto de sus competidores, ya que no se

españoles en TUÑÓN DE LARA, M.: *Poder y sociedad en España, 1900-1931*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pp. 246-249.

veía obligado a mantener una línea editorial amenazada por la retirada de suscriptores o directamente influida por los mismos. Su audiencia era distinta a la que hasta entonces había adquirido la costumbre de leer periódicos, leído por muchos jornaleros y obreros, y también, aunque con menor entusiasmo, por empleados y profesiones liberales.¹¹⁷ El caso opuesto, *El Noticiero*, indica que existía un grupo definido de consumidores de este diario, en concreto los sectores católicos, que leían ese periódico y no otro que pudieran adquirir en la calle, entroncando más con la tendencia de una prensa ideológica decimonónica que con una postura renovadora de prensa informativa, abierta a un auditorio más amplio y heterogéneo.¹¹⁸

Es nuestro objetivo para el futuro profundizar en estas cuestiones, tratando de averiguar cuál fue el grado de implicación de los medios de comunicación en la toma de postura, a favor o en contra, de la cuestión marroquí, atendiendo a los mecanismos de propaganda, sin perder nunca de vista la capacidad de disuasión y distracción de estos poderes fácticos.

¹¹⁷ FERNÁNDEZ CLEMENTE, E. y FORCADELL, C.: *Historia de la prensa aragonesa*, p. 98.

¹¹⁸ Si comparamos de nuevo con diarios de ámbito nacional, vemos que de los 135.000 ejemplares declarados por *La Correspondencia de España*, tan solo 8.500 eran para suscriptores (6'29%); de los 124.000 de *Heraldo de Madrid*, 118.000 eran para suscriptores (95'16%); de los 115.000 de *El Liberal*, 50.000 eran para suscriptores (43'47%); o, de los 100.000 de *ABC*, 20.000 eran para suscriptores (20%). En SÁNCHEZ ARANDA, J.J. y BARRERA DEL BARRIO, C., *Historia del periodismo español. Desde sus orígenes hasta 1975*, Pamplona, Eunsu, 1992, pp. 213-214.

Bibliografía

- ALIA MIRANDA, F. (coord.): *La guerra de Marruecos y la España de su tiempo 1909-1927*, Ciudad Real, Sociedad Don Quijote de Conmemoraciones Culturales de Castilla la Mancha, 2009.
- ALMUIÑA FERNÁNDEZ, C.: ``La jurisdicción militar y el control de los medios de comunicación: Annual y la censura de material gráfico (1921) ´´, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 6, (1986), pp. 215-256.
- ALVAR SANCHO, L.: *La prensa de masas en Zaragoza (1910-1936): profesionalización y desarrollo empresarial, los casos de Heraldo de Aragón, El Noticiero y La Voz de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1996.
- BACHOUD, A.: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.
- BAHAMONDE, A. (coord.) CARASA, P. (et. al.): *Historia de España siglo XX: 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2000.
- BALFOUR, S.: *Abrazo mortal: de la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos 1909-1939*, Barcelona, Península, 2002.
- BALFOUR, S.: *El fin del imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, 1995.
- BALFOUR, S.: ``La Semana Trágica: contexto geopolítico internacional´´, en MARTÍN CORRALES, E. (ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2011, pp. 33-45.
- BARRIO, Á. (ed.): ``La crisis del régimen liberal en España, 1917-1923´´, *Ayer*, 63 (2006).
- BUENO MADURGA, J. I.: ``La reacción conservadora en la España de entreguerras (1917-1936): el caso zaragozano´´, *Historia Social*, 34, (1999), pp. 135-156.
- CARRASCO GARCÍA, A.: *Las campañas de Marruecos*, Madrid, Almena, 2001.

- CABALLERO DOMINGUEZ, M.: ``La cuestión marroquí y su corolario de Anual como causa y consecuencia de la crisis del sistema restauracionista'', *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 17, (1997), pp. 219-242.
- CABRERA, M. (dir.): *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 1998.
- COLOMAR, V.P.: *La forja de una tragedia (el Rif 1920-1921)*, Madrid, Editorial CEP, 2008.
- DESVOIS, J.M.: *Presse et politique en Espagne (1898-1936)*, Thèse de doctorat, Université de Bordeaux-III, 1989, pp. 493 y s.s.
- FERNANDEZ CLEMENTE, E., FORCADELL, C.: *Historia de la prensa aragonesa*, Zaragoza, Guara, 1979.
- FONTELA BALLESTA, S.: *Las campañas de Marruecos 1909-1927*, Murcia, Fajardo el bravo, 2010.
- GAJATE BAJO, M.: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública: el ejemplo de Salamanca y su prensa*, Madrid, Instituto Universitario general Gutiérrez Mellado, 2012.
- GARCÍA DE LA RASILLA, M.C.: ``Repercusión del problema marroquí en la vida vallisoletana (1909-1927) '', *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 6, (1986), pp. 187-214.
- GARCÍA DE LA RASILLA, M.C.: ``Palencia y la guerra de Marruecos (1909-1927) '' en *Actas del I Congreso de Historia de Palencia: Castillo de Monzón de Campos*, 3-5 Diciembre 1985, Vol. 3, 1987, pp. 715-724.
- GARCÍA DELGADO, J.L.: *La modernización económica en la España de Alfonso XIII*, Madrid, Espasa Calpe, 2002.
- GARCÍA RODRIGUEZ, J.C.: *¿Arde Barcelona? La Semana Trágica, la Prensa y la caída de Maura*, Astorga (León), Akrón, 2010.

- GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, CSIC, 1999.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, P.: ``La semana trágica de Barcelona y su repercusión en la ciudad de Zaragoza'', *Anales del centro de la UNED de Calatayud*, 6, (1998) pp. 122-142.
- LACOMBA, J. A.: *La crisis española de 1917*, Madrid, Ciencia Nueva, 1970.
- LA PORTE, P.: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*, Tesis doctoral, Universidad complutense, Madrid, 1997, <http://biblioteca.ucm.es/tesis/19972000/H/0/H0045001.pdf> , [consultado 18-3-2014].
- LA PORTE, P.: ``Marruecos y la crisis de la Restauración, 1917-1923'', *Ayer*, 63, (2006), pp. 53-74.
- LUCEA, V.: *El pueblo en movimiento. La protesta social en Aragón (1885-1917)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009, pp. 275-289.
- MADARIAGA, M. R. DE: *En el barranco del Lobo: las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza, 2005.
- MADARIAGA, M. R. DE: ``La guerra de Melilla o del Barranco del Lobo, 1909'', en MARTÍN CORRALES, E. (ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2011, pp. 91-121.
- MARTÍN CORRALES, E. (ed.) *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2011.
- MARTÍN CORRALES, E., ``Movilizaciones en España contra la guerra de Marruecos (julio-agosto de 1909) '', en MARTÍN CORRALES, E. (ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2011, pp. 121-183.
- MOLINER PRADA, A. (ed.): *La Semana Trágica de Cataluña*, Alella (Barcelona), Nabla ediciones, 2009.

- MORALES LEZCANO, V.: *España y el Norte de África: el protectorado en Marruecos (1912-1956)*, Madrid, UNED, 1986.
- MORENO LUZÓN, J. (ed.): *Alfonso XIII, un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
- ROMERO SALVADÓ, F.J.: *España, 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002.
- SUÁREZ CORTINA, M.: *La España Liberal (1868-1917). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2006.
- ULLMAN, J. C.: *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, Barcelona, Ariel, 1972.
- URÍA, J.: *La España liberal (1869-1917): cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2008.
- VICENTE VILLANUEVA, L.: *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916-1923)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1993.
- VILLALOBOS, F.: *El sueño colonial: las guerras de España en Marruecos*, Barcelona, Ariel, 2004.
- VILLANOVA, J.L.: *El protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorial*, Barcelona, Bellaterra, 2004.
- WOOLMAN, D.S.: *Abd el Krim, y la guerra del Rif*, Barcelona, Oikos-tau, 1988.